



Bibliográficas

Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría.

Hugo Vezzetti. Buenos Aires:
Siglo Veintiuno, 2015, 290 pp.

En el campo de estudios sobre el psicoanálisis y la cultura «psi», así como en el de la memoria y violencia en la historia argentina reciente, la obra de Hugo Vezzetti es una referencia ineludible. En este libro, sin embargo, las vicisitudes del freudismo rioplatense son abordadas a través de una referencia novedosa: sus relaciones, complejas, con la cultura comunista. Los estudios sobre el comunismo crecieron en el último lustro de una manera no espectacular pero constante, con investigaciones originales y documentadas, separados de las miradas militantes, pero también del maniqueísmo anticomunista de la Guerra Fría. Habilitadas sus condiciones de posibilidad tanto por una torsión en las interpretaciones historiográficas como por lo que se ha denominado una «revolución en los archivos», el comunismo devino un objeto de estudio legítimo tanto de la historia política y social, como de la historia cultural e intelectual. Al estudiar un capítulo de la circulación internacional del psicoanálisis observado desde el punto de vista de su recepción en el comunismo argentino, este libro es entonces tanto un aporte a una historia de los saberes «psi» como al conocimiento de un momento específico de un tema mayor: la relación de los intelectuales y profesionales con formaciones partidarias e ideologías políticas que plantean de un modo constitutivo la cuestión de una autonomía siempre y necesariamente relativa.

El libro aborda, desde el punto de vista de sus batallas culturales, el período más álgido de la Guerra Fría, el que se inicia en los años inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra

Mundial y se cierra en los primeros años de la década de 1960, cuando los cambios disciplinares que produjo la creciente autonomización de la psiquiatría de los saberes médicos confluye con la crisis del mundo comunista. El foco de atención está puesto en la década de 1950, momento de consolidación del círculo psiquiátrico en el seno del Partido Comunista de la Argentina (PCA), cuya genealogía Vezzetti reconstruye tanto en lo que concierne a sus tradiciones y presupuestos disciplinares como a los modelos de intervención intelectual que propició. Esta formación psiquiátrica, advierte, no solo precedió al psicoanálisis sino que dejó huellas en las formas en que este circuló y se implantó en los siguientes años. El contexto ideológico fundamental es el zhdánovismo, que desde la Unión Soviética se irradia al mundo comunista y se mantiene bajo sus aspectos más burdos al menos hasta 1956. Se trata de una doctrina en sede política que condena el «formalismo» y la «degeneración burguesa» en todos los terrenos de la actividad intelectual y establece un criterio de clase para postular la existencia tanto de una estética oficial, el realismo socialista, como de una «ciencia proletaria», el materialismo dialéctico, que en el terreno psiquiátrico se traducirá en la entronización de las teorías de Pavlov.

El libro está organizado en cuatro capítulos. El primero está dedicado a reconstruir el clima de ideas y tramas intelectuales y políticas en el que se desarrolló el primer debate sobre el psicoanálisis y el emergente campo de la salud mental en el seno de la izquierda psiquiátrica francesa y, poco más tarde, en la argentina. Los psiquiatras comunistas franceses ofrecen una «autocrítica» en la que condenan el psicoanálisis como una visión del mundo incompatible con el marxismo, irracionalista, reaccionaria y punta de lanza de la «americanización» del mundo, tópico global





del comunismo de Guerra Fría que en Francia tuvo un éxito previsible y que en el caso del psicoanálisis se justificaba en la expansión que este había logrado en los Estados Unidos. Este «episodio dogmático» tiene su resonancia casi inmediata en la Argentina, de la mano del médico Gregorio Bermann —miembro destacado del movimiento reformista universitario, más tarde del antifascismo y longevo «compañero de ruta» del PCA—, quien en 1949 publica un artículo que recoge los argumentos de sus colegas francesas en las páginas de la revista *Nueva Gaceta*, iniciando con ello la recepción local del zhdánovismo soviético y una reformulación de los discursos sobre el psicoanálisis hasta entonces disponibles.

El énfasis en esta «mediación francesa» le permite a Vezzetti discutir con las miradas más reduccionistas sobre el verticalismo moscovita del mundo comunista, pero sobre todo construir un modelo de análisis que constituye uno de los mayores méritos del libro. Debiendo trabajar con dos objetos, el comunismo y el psicoanálisis, que no pueden estudiarse si no es en referencia a una colocación transnacional, Vezzetti trabaja detectando puntos de máxima condensación que denomina episodios: tanto el episodio dogmático de París como el de José Bleger diez años más tarde y en Buenos Aires entrecruzan y concentran coordenadas políticas, culturales, ideológicas y disciplinares que a la vez conectan geografías, actores y estructuras. Estos, al mismo tiempo, son inmediatamente reinstalados en otra temporalidad más larga, la de los procesos, las tradiciones y las genealogías. El episodio es una forma de construir una vía de acceso a una trama compleja de espacios y tiempos interconectados dentro de la cual se relacionan dos configuraciones: la cultura comunista y el freudismo y los saberes «psi».

En el mismo sentido, el segundo capítulo se dedica a analizar los pormenores del III Congreso Internacional de Salud Mental que se celebró en Londres en 1948. Es un capítulo importante pues en la pormenorizada reconstrucción que realiza el autor tanto de los contenidos como de las estructuras institucionales que confluyeron en la organización de la salud mental como nuevo paradigma disciplinar, es posible comprender las razones que llevaron a los soviéticos a oponerle una condena que tendrá en la autocrítica de los franceses su primera manifestación pública. Luego de los estragos de la guerra, que entre otras cosas fue un gran laboratorio de pruebas para las disciplinas «psi», se acelera un proceso que se había iniciado en la década de 1930 y que piensa la psiquiatría en diálogo con el psicoanálisis y las ciencias sociales. Corriendo el foco de lo individual

a lo social, el discurso sobre la salud mental habilita un programa de reforma social que debía edificarse sobre la idea de una ciudadanía mundial ligada a la formación de hábitos, valores y actitudes que fomentaran un clima de paz y en contra del autoritarismo. La condena de los soviéticos fue inmediata.

En el tercer capítulo, Vezzetti retoma la figura de Gregorio Bermann para analizar la experiencia de la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría (rlp)*, que fundó en 1951. Una vez más, el caso argentino se hace inteligible en sus conexiones internacionales, pues la revista puede comprenderse mejor, aunque no únicamente, como el eco local del programa pavlovista de los psiquiatras comunistas franceses y de su principal órgano de expresión, la revista *La Raison*. Con la *rlp*, Bermann afirma su condición de psiquiatra y psicólogo al mismo tiempo que profesionaliza su actuación en el partido, aunque el suyo, afirma Vezzetti, siempre será un «partidismo fallido». La publicación es observada en tres planos: el político, que se expresa en el compromiso con la causa de la paz y la defensa de la URSS; el ideológico, que se organiza en torno a la defensa del partidismo aplicado a cuestiones como el psicoanálisis y la fenomenología; y el de los debates disciplinares sobre la psiquiatría social y la salud mental, en el marco de los cuales Bermann retoma la propuesta de una sociopsiquiatría alternativa a las orientaciones norteamericanas. En este punto, el de su proyecto intelectual, Bermann se muestra como un ecléctico y su operación encuentra un límite en el rechazo de las dirigencias partidarias a las emergentes ciencias sociales. En el último capítulo, precisamente, Vezzetti muestra que no será Bermann sino su discípulo José Bleger quien lleve adelante más claramente aquel giro sociológico en el marco de una orientación marxista que se alejaba del pavlovismo que, tanto en Francia como en la propia URSS, ya había entrado en crisis unos años antes. La publicación en 1958 del libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista* provocó un intenso debate en el círculo comunista, que consideró necesario sancionar una postura que intuía cercana al «neomarxismo» que entonces comenzaba a combatir en nombre de una resquebrajada ortodoxia. En la confluencia entre el declive del comunismo en el espacio de las izquierdas argentinas, que se produjo en los años posteriores al golpe que derrocó el gobierno peronista en 1955 —una variable local que, aunque conocida, es tal vez no suficientemente ponderada—, y el proceso de reconsideración y diversificación del marxismo en su encuentro con las ciencias sociales, que se produjo en todo el mundo occidental, un capítulo de la «izquierda psi» argentina se cierra.





Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista es un libro importante para el estudio de la formación «psi» y la cultura comunista, a las que logra intersecar a través de un destacable esfuerzo analítico y metodológico, acompañado de una escritura inspirada. En su desarrollo, destacan elementos imprescindibles para futuros estudios que se propongan abordar el cruce entre campos disciplinares, política, instituciones partidarias y geografías culturales dando cuenta tanto de las ideas como de sus contextos y materialidades. El libro ofrece también elementos para avanzar en la problematización de categorías como ortodoxia y dogmatismo, comunes en los estudios sobre el mundo comunista, pues permite observar que su uso solo es válido en un sentido descriptivo y en los términos de una relación que debe ser especificada en sus múltiples determinaciones. Por este camino, los lazos de continuidad y ruptura entre izquierdas viejas y nuevas pueden ser considerados bajo una nueva perspectiva.

Adriana Petra

CeDINCI - UNSAM / CONICET

Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay.

Carlos Zubillaga. Montevideo: Ediciones Cruz del Sur-Linardi y Risso, 2015, pp. 286.

La historiografía uruguaya avanza en la investigación de la recepción de las ideas conservadoras y de derecha en sus distintas vertientes y en el estudio de los vínculos que tejieron las diversas manifestaciones con la política y sociedad uruguaya. La presente obra de Carlos Zubillaga, centrada en analizar el falangismo/franquismo en Uruguay y sus conexiones con el régimen franquista en el contexto de la Guerra Civil Española (1936-1939) e inmediata posguerra, viene a colmar la inexistencia de estudios sobre la historia de un bando «silenciado» en la «retaguardia transoceánica» (p. 24).

Zubillaga refiere que el falangismo, que actuó pública y legalmente en Uruguay entre noviembre de 1936 y julio de 1940, tuvo su núcleo institucional en la Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) y, luego de abril de 1937, en la Falange Española Tradicionalista y de la JONS. Su existencia formal estuvo ligada a los derroteros del franquismo en España, primero como movimiento, desde el *alzamiento* militar de julio de 1936, y posteriormente como régimen, a partir de 1939. También, el falangismo y el franquismo, este último independiente de Falange y adscrito al personal diplomático acreditado en Uruguay, estuvieron supeditados a la política del gobierno

terrista (1933-1938) y al rumbo proaliado que llevaron adelante las administraciones de Alfredo Baldomir (1938-1943) y Juan José de Amézaga (1943-1947).

Zubillaga advierte que la Falange en Uruguay tuvo su creación —15 de noviembre de 1936— sin intervención de las autoridades españolas y fue un «partido de la retaguardia, en cuanto estuvo alejado del escenario bélico» (p. 28). Sin embargo, una vez organizada institucionalmente la España nacionalista, tras la unificación del falangismo y el carlismo en abril de 1937, la Falange en Uruguay tuvo que ajustarse, aunque no sin tensiones y conflictos, a las políticas franquistas y a los enviados diplomáticos peninsulares.

La Falange en Uruguay, señala el autor, estuvo integrada principalmente por miembros de los sectores privilegiados de la inmigración española. Los dirigentes nacionales más destacados provenían del comercio y la industria (José y Antonio Pumarega Arias), del asociacionismo inmigratorio (Ángel Fernández Abad), de la diplomacia terrista (Francisco Ferrer Lluill), y de la docencia y el periodismo (José María del Rey). Varias de estas personalidades, de dudosa reputación para la diplomacia franquista, —José Pumarega, en primer lugar— comenzaron a ser sustituidas por jefes enviados directamente desde España, aunque aceptados con reparos por la inmigración local.

Con respecto a los afiliados, Zubillaga considera que no superaron los trescientos y se dividían en militantes y adherentes. A pesar de alguna escaramuza callejera e infiltración en organizaciones republicanas, los afiliados eran, en su mayoría, «pacíficos señores y señoras que solo se permitían exaltaciones verbales en ámbitos reducidos y conocidos» (p. 29), entonando *Cara al sol* y saludando al estilo fascista.

La Falange en Uruguay reprodujo, si bien con readaptaciones, la estructura organizativa de la Falange de la península. La Sección Femenina estaba dedicada a tareas asistenciales destinadas al bando nacionalista en guerra y al adoctrinamiento y encuadramiento de las mujeres afiliadas. La Delegación de Prensa y Propaganda tuvo como objetivo la difusión ideológica del falangismo a través de charlas, organización de conferencias y emisiones radiales. La Delegación de Organizaciones Juveniles creó una organización de «talante militar» (p. 96), los «Flechas», que reclutaba niños entre los cuatro y los catorce años. Zubillaga señala que, si bien la Falange se implantó en Montevideo, hubo una expansión territorial hacia





algunos departamentos, a saber: Artigas, Durazno, Paysandú y Treinta y Tres.

Un tema central que atraviesa la obra es la disputa que llevó adelante Falange por ocupar un lugar hegemónico. Al carecer de precedentes ideológicos en el colectivo inmigratorio, el historiador advierte que Falange en Uruguay tuvo que enfrentar otros proyectos políticos (el tradicionalismo carlista) y contender con aquellos personajes diplomáticos enviados desde España, proclives a domesticar y controlar el falangismo en la retaguardia. Al respecto de las discrepancias en el bando nacionalista, Zubillaga entiende que la dirigencia de Falange, sujeta a cambios constantes, no siempre fue bien recibida por el colectivo de inmigrantes exitosos. Estos, a pesar de apoyar el alzamiento franquista, desconfiaban de la retórica fascista y nacional-sindicalista de varios dirigentes y del laicismo latente en el falangismo.

El protagonismo que Falange intentó imponer fue contestado, refiere Zubillaga, por la estrategia diplomática de Rafael Soriano, representante oficioso del Estado español en Montevideo, quien gestó en setiembre de 1936, la Unión Nacional Española (UNE), compuesta de españoles y uruguayos simpatizantes del *alzamiento*, la que tuvo la importante tarea de realizar cuestaciones para cubrir las necesidades del ejército franquista. La estrategia inclusiva de UNE permitió la captación de la inmigración española exitosa, de empresarios, estancieros y profesionales uruguayos, y de los referentes del terrismo, el herrerismo, el riverismo y de la Unión Cívica. El 9 de setiembre de 1936, la UNE remitió un mensaje de adhesión a la Junta de Burgos, «probablemente, el logro más relevante» (p. 44), entiende Zubillaga. Estaba redactado por el doctor José Irueta Goyena y suscrito por 285 personas. Rafael Soriano había conseguido encabezar el mensaje con las firmas del vicepresidente de la República, Dr. Alfredo Navarro, del expresidente de la República, Dr. Juan José Campisteguy, y del líder del riversismo, Dr. Pedro Manini Ríos.

Un tema a destacar abordado en la obra es la utilización de las audiciones radiales como herramienta de propaganda política. Si bien distintas publicaciones escritas estuvieron al servicio de Falange (la «Página Española» en *La Tribuna Popular*, *El Debate*, *Hispanidad*) y del bando nacionalista (*España Nacionalista*, *La Voz de España*), la novedad en cuanto a la comunicación de masas fue la aparición de las radioemisoras a fines de la década de 1920. Falange tuvo como propagandistas, en cx 22 Fada Radio, al «oportunist» e «ingenioso locutor» (p. 64) Tomás Arribas (alias Española), en

cx 8 Radio Jackson, a Adolfo Capella, y contó con una voz propia, *Habla Falange*, programa emitido por cx 34 Radio Artigas.

La penetración falangista, entiende Zubillaga, se manifestó en la simpatía que por el *alzamiento* «demostró —no con menor ímpetu— un conjunto de uruguayos pertenecientes a la élite social y política o a la profesión periodística», lo que «constituyó una demostración de la virtualidad de contagio ideológico que el falangismo había logrado en Uruguay» (p. 152). La lista es larga: Luis Alberto de Herrera, Alejandro Gallinal Heber, el periodista Luis A. Sciutto (alias Wing), años después conocido como Diego Lucero... Si estas adhesiones nacionales fueron bien aceptadas, no lo fueron tanto «las amistades inconvenientes» (p. 160) de los países del Eje.

Zubillaga advierte que el final de Falange en Uruguay estuvo determinado por el comienzo de la guerra en Europa y por el distanciamiento que asumió la política exterior franquista con respecto al Eje. A su vez, el año 1940 fue crucial. La ley de asociaciones ilícitas, las «listas negras» —que incluyó a falangistas— y el alineamiento proaliado del gobierno uruguayo determinaron la disolución legal de Falange, sobreviviendo dos años como una nueva entidad, Fundación Española, hasta 1942. Tras algunos años de conflicto entre los resabios de la dirigencia falangista y la representación diplomática franquista, en 1945 se produjo la desactivación definitiva de Falange. Sin embargo, Zubillaga considera que la antigua dirigencia de Falange adoptó la estrategia de un «cripto-falangismo» (p. 211), vinculándose al Partido Nacional, integrando instituciones culturales y, principalmente, utilizando a la Sociedad Española de la Virgen del Pilar.

El libro se cierra con varios anexos donde se consignan los nombres de españoles y uruguayos colaboradores, donantes, militantes y afiliados de la Falange Española en Uruguay.

Alfredo Alpini

Instituto de Profesores Artigas

Discutir la cárcel, pensar la sociedad. Contra el sentido común punitivo. Gianella Bardazano, Nicolás Duffau, Anibal Corti y Nicolás Trajtenberg (comps.). Montevideo: Trilce, 2015, 360 pp.

En un contexto en el cual, tanto desde la opinión pública como desde la esfera política, la cárcel continúa apareciendo como la respuesta privilegiada ante el problema del delito, este libro se propone rescatar la mirada de diversos investigadores





nacionales e internacionales provenientes de distintas disciplinas, a los efectos de brindar elementos para cuestionar lo que los compiladores han denominado el «sentido común punitivo».

Los aportes de este libro, compuesto por dieciséis artículos más la introducción, se presentan en cinco apartados. El primero corresponde a un artículo en donde Eugenio Zaffaroni realiza un repaso de las diversas filosofías sobre las que se apoyó la pena privativa de libertad, resaltando el efecto deteriorante —tanto para los presos, como para el personal penitenciario— generado por la prisión. A pesar de ello, el autor reconoce que el sistema penitenciario no es más que un eslabón —obligado a administrar el producto de una «selección arbitraria» de la cual no forma parte— dentro de la cadena de ejercicio del poder punitivo. Ante el fracaso en el logro de las metas que se le ha atribuido a la cárcel, el autor propone la implementación de una filosofía cuyo objetivo sea el trato humano a la población reclusa, con la finalidad de reducir sus niveles de vulnerabilidad, que considera en última instancia como causante de los procesos de criminalización.

La segunda parte del libro incorpora la mirada histórica sobre la institución carcelaria en el Uruguay. De la mano principalmente de historiadores, da cuenta del proceso de gestación del ideal penitenciario en nuestro país a lo largo del siglo XIX (en los artículos de Roldós y Rey, y en el de Fessler), y su evolución a lo largo del tiempo hasta llegar a nuestros días. Así, se repasa en el artículo de Fein García el proyecto de la Colonia Educativa de Trabajo y su derivación hacia el Penal de Libertad; las proyecciones de cine en dicho establecimiento de reclusión durante la última dictadura, en el artículo de Lacruz; y las políticas penitenciarias implementadas en el país en las últimas dos décadas, a través del texto de González, Rojido y Trajtenberg. Por su parte, el texto de Duffau aborda el debate respecto del destino que asignamos a los enfermos psiquiátricos procesados por la justicia penal. Si bien el autor centra su análisis en el período del Novecientos, queda claro que es un tema que continúa sin ser saldado hasta nuestros días. A través de los diversos artículos de esta segunda parte, queda asentada la idea de que a lo largo del tiempo han coexistido —superponiéndose e incluso amalgamándose— los discursos centrados en la rehabilitación, la reinserción y la reintegración social de quienes han delinquido, con aquellos que enfatizan las ideas de sufrimiento y castigo hacia quienes han infringido la ley. Asimismo, queda de manifiesto la aparición reiterada de posibles «soluciones» ante el problema carcelario, que

son presentadas en cada momento como novedosas, a pesar de haber sido ensayadas con anterioridad.

En la tercera parte destaca el aporte que, desde el derecho, se hace a algunos de los principales desafíos con los que se enfrenta el sistema penitenciario uruguayo actual, particularmente en lo relativo a los cambios normativos o de política pública. Específicamente, se analizan como fenómenos especialmente problemáticos —a través de los textos de Ginares Echenique y de Camaño Viera— el uso abusivo de la prisión preventiva y los obstáculos para implementar medidas alternativas a la privación de libertad. Uriarte realiza un análisis detallado de las contradicciones inherentes al concepto de resocialización —y de las ideologías «re» en general— y cómo las mismas han ido permeando en la normativa penitenciaria a nivel nacional e internacional. Por su parte, Arriagada destaca los peligros que acarrearán los procesos de privatización carcelaria. Vale destacar que estas contribuciones se enmarcan dentro del contexto actual de reforma del sistema penitenciario (proceso que analiza particularmente el texto de Garcé, García y Santos), desatado una vez que fuera declarada la «crisis humanitaria» del sistema durante el primer gobierno de Vázquez. Las discusiones correspondientes a este apartado deben leerse, asimismo, a la luz de las innovaciones propuestas por los procesos de reforma del Código Penal y del nuevo Código del Proceso Penal. Los artículos de esta sección dejan en claro que las modificaciones que se están gestando en materia de normativa y política penitenciaria no escapan a los procesos de marchas y contramarchas que mencionábamos anteriormente, y que los avances observados en ciertas dimensiones coexisten con contradicciones o remanencias propias de períodos anteriores.

El cuarto apartado está compuesto por tres artículos (uno de Corti y Trajtenberg y dos de autoría de Gargarella) centrados en las discusiones relativas a la filosofía del castigo. En particular, los autores analizan las distintas conceptualizaciones que, implícita o explícitamente, subyacen a las argumentaciones que sustentan las formas de respuesta ante el delito que nos damos como sociedad. El aporte de Gargarella parte de una concepción de filosofía política republicana, y subraya el concepto de «alienación legal» —para dar cuenta de las situaciones en las que la idea de ciudadanía no coincide con lo estipulado por la ley— cuestionando planteos como el de Zaffaroni, orientados a minimizar la violencia institucional, pero manteniéndose dentro del aparato del derecho penal existente.





Finalmente, el artículo de Rivera Beiras da cuenta del proceso mediante el cual el actuarialismo penitenciario fue incorporándose en el sistema español —particularmente en el catalán—, iluminando diversas dimensiones de análisis (el vínculo entre la academia, las empresas y las políticas penitenciarias; el uso de los conceptos de riesgo y de peligrosidad por parte de la criminología; los desafíos que plantea la disponibilidad de grandes bases de datos relativas al historial de vida y delictivo de las personas; entre otros), de total relevancia para los debates que hoy en día se están llevando adelante en nuestro país.

En definitiva, a partir de esta obra queda de manifiesto que las concepciones de la cárcel que se han sucedido a lo largo del tiempo —y en diversos espacios geográficos— están caracterizadas por la continuidad, en mayor medida que por los cambios. Como imagen de conjunto, resulta impactante observar un hecho —ya largamente constatado por la literatura internacional, pero que este libro marca con claridad para el caso uruguayo—, y es cómo la cárcel, desde sus mismos inicios, estuvo signada por la crisis y el fracaso en el logro de sus objetivos, y por una especie de reforma perpetua que ensaya una y otra vez ideas de «cambio» que se parecen demasiado entre sí.

Ana Vigna

Universidad de la República

Tupamaros exiliados en el Chile de Allende: 1970-1973. Clara Aldrighi y Guillermo Waksman. Montevideo: Edición del autor, 2015, 380 pp.

Tupamaros exiliados en el Chile de Allende (1970-1973), de Clara Aldrighi y Guillermo Waksman, fue publicado en 2015 como fruto de una investigación que se extendió por más de 10 años y de la que Waksman formó parte hasta el 2008, año en que falleció. El tema central de este trabajo es el exilio de los tupamaros en el país trasandino, desde la llegada de los primeros militantes hasta el avance represivo que se desató luego del golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973. Se nos propone, pues, un recorrido por los distintos momentos y periplos que los militantes tupamaros atravesaron durante la experiencia de sostener una organización en el exterior del país, donde la situación política fue provocando disímiles situaciones.

Uno de los recursos fundamentales para la elaboración de este relato se encuentra en la voz de los testimonios recogidos por los autores. Estas voces permiten comprender en mayor profundidad

algunos de los aspectos más complejos de la vida en el exilio. En ese sentido, aportan luz tanto a las diversas experiencias personales como a las vicisitudes políticas que se fueron desarrollando en el exterior y que dieron lugar a diversas tramas que el libro recoge y se esfuerza por analizar y presentar con claridad. Los documentos provenientes de los archivos estatales nos acercan no solo a la visión de las autoridades, sino que permiten reconstruir las lógicas de vigilancia y persecución que se fueron desarrollando y profundizando a lo largo del tiempo que aborda el trabajo.

En varios capítulos del libro se presentan los escenarios políticos tanto del país receptor como de aquel que ha «expulsado» a sus ciudadanos (Uruguay). Es así que de forma sintética se van reconstruyendo los cambios operados a nivel político en ambos países, y a través de ello, el lector puede comprender con mayor claridad las razones que llevaron a los tupamaros a salir de su país rumbo a Chile. Esta estrategia inscribe el proceso del MLN en el contexto histórico de agudizamiento del autoritarismo, crecimiento de la violencia política y la implementación de las dictaduras del Cono Sur. Como telón de fondo, se observa el desarrollo de la Guerra Fría y la gestación de la coordinación represiva regional que culminará en la oficialización del Plan Cóndor.

El libro aborda distintas dimensiones del exilio tupamaro, algunas de ellas centradas en la práctica política del MLN y que resultan cruciales para comprender el derrotero posterior de la organización. De esta forma, se nos presentan las primeras tensiones internas del MLN y cómo las mismas se fueron sorteando para poder darle organicidad al movimiento y encuadrar el trabajo político de los militantes. Es así que podemos observar las distintas matrices ideológicas que se van consolidando y cómo en ellas van germinando las distintas tendencias que irán apareciendo en la historia del MLN en el exterior. Y, al mismo tiempo, se nos presentan las problemáticas que fueron surgiendo en lo que refiere a la vida cotidiana de los militantes y a cómo se organizó y sostuvo financieramente la actividad de los mismos. También se arroja luz sobre las contradicciones de la propia organización, cuando los autores se refieren al proceso de estratificación que sufrió el movimiento en Chile que daba cuenta de las distintas formas y estilos de vida de los dirigentes y los militantes de «base».

Dentro de estas dimensiones, los autores dan cuenta del periplo de las relaciones que los tupamaros establecieron con los distintos actores políticos de la realidad chilena, pero también cómo





esa realidad permitió el desarrollo de lazos con otras organizaciones revolucionarias provenientes de distintos países. En ese sentido, la Junta de Coordinación Revolucionaria se vuelve protagonista de este trabajo, en la medida que significó la consolidación tanto de las relaciones entre las organizaciones que la conformaron como de la idea guevarista de continentalidad.

Otro de los momentos que se tornan fundantes del exilio y que es abordado con profundidad en el libro es el Simposio de Viña del Mar, en el que el MLN realiza el balance de la derrota e inicia un camino de redefiniciones ideológicas que tiene como hito la formación del partido marxista-leninista y la adopción de esta corriente ideológica como marco para la acción política. En el capítulo dedicado a tal evento, los autores desarrollan extensamente las consecuencias y recepciones de las resoluciones tomadas, así como también presentan con claridad su visión al sostener que este episodio dio lugar a una nueva organización política. En relación a este tema y como consecuencia del «viraje» de Viña del Mar, se relata el proceso de proletarianización iniciado en Chile y que representa uno de los caminos más polémicos seguidos por el MLN.

Los últimos capítulos del libro relatan la situación que se vivió en Chile luego del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Allí los autores nos presentan las distintas peripecias por las que transitaron los uruguayos intentando huir de la represión desatada inmediatamente después de instalada la dictadura; las distintas vías de salida que buscaron y encontraron los tupamaros para escapar de Chile y la suerte corrida por aquellos que no lo lograron. En este sentido, es relevante el apartado dedicado a las víctimas tupamaras que fueron asesinadas o desaparecidas en Chile y también de quienes fueron detenidos en distintas unidades militares y luego conducidos al Estadio Nacional. Por otra parte, el libro rescata el papel jugado por distintos organismos internacionales (destacando el rol de Harald Edelstam), así como por determinadas embajadas que sirvieron de salvoconducto para la salida del país y salvaron la vida de cientos de uruguayos que se encontraban cercados por la represión pinochetista.

En síntesis, se trata de un libro obligado para quienes se interesen por la historia reciente del Cono Sur, que nos permite comprender las lógicas políticas de una organización revolucionaria que intenta sobrevivir a distintos embates represivos, al tiempo que nos habilita a escuchar las voces de los protagonistas para poder visualizar una trama por demás compleja, contradictoria, con experiencias

disímiles; nos acerca a historias de fracasos y de resistencias, de derrotas y de renacimientos.

Carla Larrobla

Universidad de la República

Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política. Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (coords.). México: Bonilla Artigas Editores/ Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 2015, 428 pp.

En la segunda mitad del siglo xx, en el contexto de la Guerra Fría, distintos países de América Latina se vieron envueltos en experiencias de dictaduras militares, regímenes autoritarios o guerras civiles, cuyas manifestaciones de violencia política producirían cambios profundos en sus respectivas vidas nacionales. Una vez que concluyeron dichos procesos, surgieron distintas interpretaciones y explicaciones en torno a los hechos recién acontecidos, y con ello una lucha entre quienes exigían justicia, conocer la verdad de lo ocurrido y mantener viva la memoria de los crímenes cometidos, y quienes preferían que aquellos sucesos fueran confinados al olvido.

El libro *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, coordinado por Eugenia Allier y Emilio Crenzel, precisamente tiene como objetivo historizar los debates públicos sobre los pasados recientes de violencia política en la región. Este esfuerzo editorial es producto de un seminario organizado en 2011 en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en el que participaron investigadores de diversas nacionalidades y disciplinas. El resultado fue un interesante trabajo colectivo que se adscribe a dos subdisciplinas que, no sin dificultades, poco a poco han ido logrando tener mayor aceptación entre los historiadores profesionales: la historia del tiempo presente (o historia reciente) y la historia de la memoria. De esta manera, la obra consiste no tanto en una reconstrucción histórica de las dictaduras, guerras civiles y los regímenes autoritarios, sino que ofrece un seguimiento de las formas en que han sido recordados e interpretados dichos pasados. Es decir, más que intentar responder a la pregunta de qué sucedió exactamente entre los años sesenta y ochenta, se analiza y reflexiona en torno al qué, quién, cuándo, por qué y con qué finalidad se ha recordado de determinada manera el pasado reciente de violencia desde mediados de los años ochenta hasta la actualidad. Para alcanzar tales objetivos, los autores se basaron en la consulta de prensa, informes de





comisiones de la verdad, acuerdos, decretos, leyes, entrevistas y páginas web de las organizaciones e instituciones estudiadas.

El libro está organizado en tres apartados. En el primero, «Dictaduras y regímenes militares», se da cuenta de las luchas memoriales en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, y Paraguay. Por su parte, en «Guerras y regímenes autoritarios» se abarcan los casos de México, Perú, Colombia, El Salvador y Guatemala. Si bien hubiera resultado interesante contar con la presencia de otros ejemplos de Centroamérica y del Caribe (como pudiera ser Cuba, Nicaragua o República Dominicana), uno de los principales méritos de este libro es el intento de brindar un amplio panorama de las luchas por la memoria a escala regional, y no solo limitarse a los casos más conocidos, como podrían ser los del Cono Sur.

A grandes rasgos, podemos entender a las luchas memoriales como aquellas disputas narrativas y simbólicas que se desatan entre distintas visiones e interpretaciones del pasado, con el objetivo de que una de ellas logre prevalecer sobre el resto de las demás representaciones que coexisten en el espacio público. Así, en cada uno de estos artículos, el lector encontrará las principales discusiones que diversas instituciones, organizaciones y actores políticos y sociales han sostenido en torno a los sentidos y significados de la violencia del pasado reciente. Con base en ello, los autores realizan una periodización de los diferentes momentos por los que han transitado estos esfuerzos por conocer la verdad, lograr justicia y evitar el olvido.

Gracias a la variedad de casos que presenta la obra es posible advertir que, una vez superado el período de violencia, no existe un rumbo definido ni asegurado en las tentativas de conseguir una óptima articulación entre memoria, verdad y justicia. Y es que, así como el hecho de conocer la verdad no impide que en algún momento dado sobrevenga el olvido de lo ocurrido, tampoco la preservación de la memoria y tener certezas más o menos sólidas de lo acontecido en el pasado aseguran el castigo a los culpables y la reparación de los daños. En última instancia, no hay que perder de vista que la capacidad de acción de actores y organizaciones, la magnitud de las medidas jurídicas, y el alcance de las políticas de la memoria son cuestiones que están determinadas por los contextos políticos, económicos y sociales de cada presente.

El tercer apartado lleva por título «Escrituras de la historia reciente». Destaca la inclusión de un artículo sobre el proceso de desclasificación de

archivos del Departamento de Estado y otras dependencias del gobierno norteamericano, relativos a la participación de este país en las violencias políticas de América Latina. Finalmente, a partir del caso argentino, el último texto da cuenta de cómo los conflictos por la memoria, además de incidir en las agendas políticas, también delimitan la práctica historiográfica, pues a final de cuentas, la disciplina histórica es una forma más de construcción memorial enmarcada por las preocupaciones, intereses y necesidades del presente.

En suma, *Las luchas por la memoria en América Latina* es un libro sugerente que invita a reflexionar acerca de la naturaleza, dimensión y secuelas de uno de los períodos más sensibles y difíciles de la historia reciente de la región, y de la forma en que dicho pasado ha sido recordado y representado en los sucesivos presentes, con sus respectivos derroteros de las luchas por la verdad y la justicia. Sin duda, se trata de una lectura obligada para todas aquellas personas interesadas en temas como movimientos armados, justicia transicional, estudios de la memoria, defensa de los derechos humanos, procesos de pacificación y democratización, y, en general, historia reciente de América Latina. En efecto, estudiantes, profesores, investigadores y actores políticos y sociales serán los principales destinatarios de las páginas de este libro. Los sentidos y significados que subyacen del acto de recordar no son algo fijo, sino que se encuentran en flujo permanente, por lo que está abierta la posibilidad, y la necesidad, de que futuros trabajos de investigación den seguimiento a los senderos que continuarán tomando estas luchas memoriales. Por último, vale la pena decir que la lectura de esta obra se vuelve aun más significativa y pertinente si se considera que fenómenos como el terrorismo de Estado y las violaciones a los derechos humanos son realidades que en muchos casos siguen presentes en las sociedades latinoamericanas.

César Iván Vilchis Ortega

Universidad Nacional Autónoma de México

Herrera: la revolución del orden.

María Laura Reali. Montevideo:
Banda Oriental, 2016, 254 pp.

Dando curso a una apuesta historiográfica de muy interesante y actual recorte temático y problemático, María Laura Reali publica recientemente una enjundiosa parte de su investigación doctoral, hasta ahora inédita. En esa dirección, se presenta en el libro un abordaje de la trayectoria del político, intelectual e historiador uruguayo Luis Alberto de Herrera (1873-1959), orientado por una





perspectiva más amplia, compuesta por preguntas por la circulación de prácticas, discursos, textos y actores en el espacio regional y en el espacio transatlántico. Esta clave de lectura es la que orienta a lo largo del trabajo el abordaje de la producción de relatos alternativos sobre el pasado regional, las lecturas sobre la cuestión nacional, la construcción de relatos identitarios y la reflexión de corte cultural y biológica de Herrera sobre la configuración regional de cara al porvenir.

No es este el lugar para referenciar al sujeto estudiado, si bien el lector de otras latitudes demandaría el delineo de un perfil biointelectual y político. Al decir de la autora, sobre Herrera coexisten distintas representaciones que anudan las impresiones portadas por sus contemporáneos, como la del revolucionario inicialmente comprometido en la lucha armada a favor de los derechos cívicos que, posteriormente, se orientó hacia la transformación de las estructuras políticas de su país por vía legal, y la del político conservador capaz de aportar a la garantía de sus intereses de clase; marcas que Reali no busca ni equilibrar ni refutar, sino precisamente matizar y, en tal caso, complejizar merced al aporte de un encuadre que delimita las relaciones entre los distintos registros discursivos que intersecan entre la historia, la memoria y la política. Interesa asimismo en la investigación remarcar la apuesta de Herrera por concretar la construcción de tradiciones que, destinadas a revestir a la sociedad uruguaya en función de determinadas representaciones colectivas, delinearon, por ejemplo, una cabal expresión del revisionismo histórico local, entre otras mediaciones intelectuales.

En un brevísimo recorrido de carácter descriptivo en torno a una construcción historiográfica notable y plagada de densidad tanto conceptual como factual, es posible identificar algunas de las principales contribuciones expuestas en cada una de las cuatro partes que la componen. Así, en «La cuestión nacional» se formula un examen de los cuestionamientos que Herrera pusiera en discurso a la hora de visualizar al Uruguay como nación en el concierto latinoamericano y regional. El debate sobre la nacionalidad implicó, según el análisis desarrollado, una consideración que pivoteaba entre un destino ya demarcado para una nación como esencia y tradición y un plebiscito generacional ineludible. Esta visión de la cuestión nacional se acompañó, según la autora, de otro cuestionamiento, el relativo a la historia a enseñar. En consonancia con otras posturas revisionistas, Herrera abogó por una enseñanza de la «tradicional nacional»,

mirando «para adentro», postura que, sin embargo y de acuerdo matiza Reali, se combinó con la necesidad de reforzar el carácter cosmopolita de Uruguay, en virtud de la presencia de inmigrantes. La sección luego se ocupa de indagar acerca de la mirada sociológica de Herrera, plagada de conceptos biológicos y culturales integrados en un ejercicio interpretativo en torno a nociones como caudillismo, democracia y religión, entre otros tópicos, y las respectivas variaciones sobre el vínculo entre la Revolución francesa y América del Sur, ángulo que anticipa a las páginas que siguen.

En efecto, a continuación se lee una sustantiva referencia al contexto de producción de las ideas de Herrera, fundamentalmente las volcadas en su principal obra titulada *La revolución francesa y Sud América* (1910). Luego de repasar la atmósfera uruguaya, signada por cierto reformismo político, la autora pasa de lleno a analizar pormenorizadamente el mencionado trabajo incluso poniendo en tensión la versión francesa con la española, sumando detalles merced a la consideración de la correspondencia del traductor. Al considerar la obra en la que Herrera explora la incidencia de la filosofía y del pensamiento político francés en América del Sur, con preferencia a las doctrinas radicales y desde una perspectiva histórica de larga duración, la autora indaga cuáles fueron las prácticas y doctrinas extranjeras implicadas por Herrera en su análisis y, posteriormente, los actores del proceso histórico sudamericano seleccionados y la reivindicación de los sectores rurales. Seguidamente, se revisa la matriz referencial que Herrera tomó de un conjunto de historiadores de la Revolución francesa, casi todos pertenecientes al arco liberal conservador, para sostener y legitimar su formulación histórica y política. Al considerar la recepción tanto europea como rioplatense de *La revolución francesa y Sud América*, Reali reconstruye en extenso algunas lecturas contextualizadas en el momento de la Primera Guerra Mundial, destacando los evidentes malentendidos de los críticos franceses y la más comprensiva asimilación de, por ejemplo, un compatriota como Carlos Roxlo.

Una afirmación recorre, de algún modo, todo el desarrollo del trabajo de Reali, aquella que observa en el itinerario de un hombre interpelado por la política, la memoria y la historia, inmerso en un doble juego entre modernidad y reacción, si bien pudo experimentar el conservadurismo de modo más prevaleciente. Se trató de un Herrera expuesto entre la transformación de la política, y la afirmación y la invención de la tradición. En la





muy interesante sección titulada «Las guerras civiles uruguayas en la construcción de una tradición política» se encuentran examinados los vínculos entre el nivel discursivo y las prácticas políticas y la considerablemente necesaria recuperación de representaciones del pasado, fundamentalmente las guerras civiles, para la tarea de reformar los sistemas políticos rioplatenses desde un conservadurismo, el de la «revolución del orden». Resulta de especial interés para el lector argentino el capítulo en el que la autora pone a Herrera en tensión y vinculación con Yrigoyen, abriendo un espacio para matices que sostienen cercanías y distancias reposadas en la misma temporalidad y densidad histórico-política.

En el último e igualmente sustantivo ejercicio, «Pensar el período de la organización nacional, sus hechos y actores», aparece estudiada la faceta más concretamente historiográfica de la obra de Herrera. Allí, María Laura Reali enfatiza en la voluntad específicamente historiadora del político e intelectual que se ocupó en la elaboración de un relato histórico fundacional «de carácter consensual», aún pendiente en Uruguay. La autora reconstruye la sociabilidad historiográfica de Herrera con varios historiadores argentinos y luego avanza en las reflexiones de este sobre la etapa de la organización nacional. En detalle queda evidenciada la intimidad que revistió la consideración del proceso uruguayo en sincronía con el argentino en el especial enfoque de Herrera. Al ubicar al historiador en una visión de conjunto de la historiografía rioplatense, queda documentado su creciente acercamiento a la historiografía argentina desde 1910, situacionalidad que le proveyó de un panorama más amplio de recursos heurísticos que derivó, asimismo, en un nuevo enfoque: la valoración positiva del rosismo y los lazos entre las facciones políticas de la primera mitad del siglo XIX en uno y otro lado del Río de la Plata.

Si bien, como la misma Reali afirma, en los últimos quince años, tanto en América Latina como en Europa, se han resuelto aportes de algún modo reveladores sobre las cuestiones abordadas en esta obra, los que han abierto el campo y sugerido interrogantes novedosos, consideramos que este libro ocupa un lugar transcendental por lo que en su constructo posee, pero aun más por lo que sugiere en tanto modelo de trabajo y muy cuidadoso tratamiento de fuentes; además de la síntesis de su problematización y sólidas conclusiones.

Eduardo Escudero

Universidad Nacional de Córdoba
y Universidad Nacional de Río Cuarto

¿Qué nos hace más nación? Desafíos del desarrollismo frondicista-frigerista.

Horacio García Bossio. Buenos Aires: EDUNLa Cooperativa, 408 pp.

En *¿Que nos hace más nación?...*, el historiador argentino Horacio García Bossio nos propone un nuevo recorrido sobre las raíces ideológicas y los debates intelectuales sobre el desarrollo nacional del período que corre entre los albores del peronismo y la formación del gobierno desarrollista. El libro se divide en cuatro partes, que siguen una aproximación temporal. En la primera se analizan las teorías iniciales que nutren este concepto desde la década de 1930, principalmente las «cepalinas» y social-cristianas. Luego se describe la adopción y profundización de este corpus teórico en la década de 1950 por las distintas corrientes de pensamiento. Una vez definido el escenario, en la tercera parte se presenta el desarrollo intelectual de los principales funcionarios del gobierno desarrollista, puntualizando algunas fuentes escritas por Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y, en menor medida, Aldo Ferrer. En la cuarta y última parte del texto, se establecen ciertas críticas al «desarrollismo clásico» y se describen algunos desarrollos teóricos propios de los sectores nacionalistas y de izquierdas.

En la primera sección, el autor se propone estudiar los orígenes ideológicos del desarrollismo como modelo de organización económica y expresión política. Quizá el gran aporte de esta sección es la propuesta de sugerir a los escritos social-cristianos, que inspiraron gran parte de la doctrina justicialista, como raíces teóricas del desarrollo que se añaden a la vertiente «cepalina-keynesiana» canónica. Planteadas las raíces del debate, el autor sugiere una hoja de ruta donde Frigerio toma el rol protagónico. En la segunda sección del libro, como resultado de sus extensos estudios del clima de ideas entre las élites intelectuales en el peronismo y el posperonismo, García Bossio parece sugerirnos que en la figura de Frigerio converge gran parte del universo de tendencias ideológicas de la Argentina de los 50. Este personaje medular parte de una postura nacionalista de izquierda planteada por la primera revista *Que*, abierta en 1946 y cerrada por Perón en 1947, para luego incitar un movimiento nacional amplio que incluyera al peronismo proscripto, durante la segunda fase de la revista (1955-1958), hasta desembocar en una suerte de estructuralismo heterodoxo durante el gobierno desarrollista.

A partir de la segunda parte, pero sobre todo en la tercera sección, se desarrolla el interesante punto de la relación entre el desarrollismo frigerista





y el estructuralismo cepalino, sintetizado en el contrapunto sostenido entre Frigerio y Raúl Prebisch. El autor sostiene que la disputa es más política que doctrinaria, puesto que no existían grandes diferencias ideológicas en cuanto a la crítica de los clásicos, el rol del Estado interventor, la participación del capital extranjero y la integración regional. Sin embargo, un punto contrastante, sobre el que habría cierto consenso, establece que no solamente Prebisch acerca su postura hacia la ortodoxia en la década de 1960, sino que también durante sus tiempos de mayor «rupturismo» no abandona la teoría clásica en la cual se había formado en la Universidad de Buenos Aires, en la década de 1920.

Dejando esta diferencia doctrinaria de lado, el autor sugiere que las críticas de Frigerio se limitaban a la participación política de Prebisch en el gobierno militar de los años cincuenta y los gobiernos parcialmente ilegítimos de los treinta, más que a su ideología. No hay demasiado escrito en el libro, y quizá sea una interesante veta de investigación para desarrollar en el futuro, sobre las impresiones de la CEPAL respecto del gobierno frondicista. El autor prueba que este ejercicio puede hacerse muy bien porque precisamente uno de los puntos altos del libro está en la cuarta y última sección, donde se plantea la descripción de los debates de Frigerio, como actor político e intelectual, con los sectores críticos de la izquierda y del nacionalismo de FORJA durante el gobierno frondicista.

Otro elemento original, que se encuentra en la tercera parte, tiene que ver con el análisis de la figura de Aldo Ferrer, discípulo de Prebisch y de alta ascendencia en CEPAL. La inclusión de Ferrer en el equipo del gobernador Alende es explicada como una suerte de síntesis entre el frigerismo y la CEPAL para el territorio bonaerense. García Bossio desarrolla las tensiones existentes entre los equipos nacionales y provinciales, de las cuales una de las más interesantes tiene que ver con la organización de las instituciones de fomento y la planificación del desarrollo. Las diferencias metodológicas se hacen diáfanas al comparar el modelo de asesoramiento informal de Frigerio y su equipo de asesores, realizado desde afuera del Estado, con el modelo brasileño planteado intelectualmente por Jaguaribe y seguido parcialmente por Ferrer, de carácter más institucionalizado.

En mi opinión, la coexistencia de frigestistas, cepalinos y otras ramas en el gobierno sugiere una tensión en la coalición gobernante, que ya mostraba las fisuras que terminarían por significar cismas y rompimientos definitivos. En este sentido, la parcial ausencia de la figura del ministro Alsogaray a lo largo

del libro podría ser contada como una omisión arriesgada. Sin embargo, más allá de las disputas teóricas, lo que el libro incita a preguntarnos es si toda esta discusión no se reducía, simplemente, a una lucha de poder por la venia de la cúpula, en la cual el presidente Frondizi se definió solo muy tardíamente (quizá demasiado tarde) por su *alter ego* intelectual. La creciente importancia de Alsogaray entre 1959 y 1961, sin embargo, tampoco parece solidificar la hipótesis de la opción por Frigerio del presidente.

Una pregunta similar, que concierne más a la ciencia política que a la historia, tiene que ver con la lectura del autor sobre el pacto con Perón. Hay un intento serio de leerlo en clave de convergencia ideológica o programática entre los partidos. Sin embargo, esto parece perder potencia cuando tenemos en cuenta la infinita elasticidad programática que mostró el peronismo, aun sin que cambiaran sus liderazgos. La mirada desde el realismo político, que sugiere una convergencia en intereses del peronismo, por no perder vigencia como actor de peso, y de la UCRI, por ganar una elección en la cual el favorito era el candidato radical, quizá podría trascender las cuestiones estrictamente programáticas.

Otro de los lineamientos centrales del libro sugiere un eventual traspaso del «nacionalismo desarrollista» de mediados de los 50 al «desarrollismo pleno» luego de la llegada al gobierno. Nominalmente, esto solo sugiere una desnacionalización del desarrollo, que apunta sobre todo a la convocatoria del capital extranjero para la inversión. Quizá no sea, entonces, lo suficientemente descriptivo del proceso de liberalización de la economía argentina a partir de 1959, que fue desde la política monetaria a la desregulación parcial de importaciones. El esfuerzo por liberalizar la economía que hizo el presidente Frondizi parece no estar integralmente comprendido en estos dos conceptos.

La reflexión final, que asocia el fracaso del proyecto frondicista con el fracaso de un proyecto de nación, nos sugiere, en una posición bastante acorde al discurso del gobierno desarrollista, que fue una ventana de oportunidad única en la historia, truncada por sus circunstancias. Quizá valdría preguntarse si este proyecto se extinguió efectivamente en 1962 y si los espacios políticos que lo heredaron no fueron, con sus matices, continuadores de aquello que comenzó a rodar desde 1958.

Emiliano Salas Arón
Universidad Torcuato Di Tella





Horizontes y trayectorias críticas. Los estudios del teatro latinoamericano en Estados Unidos. Gustavo Remedi (coord.). Montevideo: CSIC biblioteca plural, Universidad de la República, 2015, 179 pp.

Horizontes y trayectorias críticas. Los estudios del teatro latinoamericano en Estados Unidos, coordinado por Gustavo Remedi, se propone como norte un ejercicio crítico de segundo grado: suspender la atención sobre la producción simbólica en sí misma (textos, espectáculos, performances) para reflexionar sobre el corpus teórico generado a partir de ella en revistas y libros especializados. «Lo interesante de realizar un análisis del análisis —metacrítica— es que nos permite observar cómo tanto el objeto como la forma de estudiar el objeto se modifican en estrecha relación con el curso de los acontecimientos: de los acontecimientos históricos, los acontecimientos al interior del campo académico y al interior del campo artístico» (p. 47), señala Florencia Dansilio en su artículo sobre la reflexión acerca del teatro argentino de la posdictadura, pero la cita vale con declinaciones diferentes para todo el libro. El pacto, como indica el título del volumen, es instalarse en una zona geográfica concreta como los Estados Unidos (donde se concentra la mayor producción crítica sobre teatro latinoamericano fuera de América Latina) y recuperar discursos, debates y sistematizaciones que, por razones económicas, históricas, geopolíticas, no tuvieron eco (o combate) en nuestra región.

Hoy profesor e investigador en el Departamento de Teoría y Metodología Literarias del Instituto de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Gustavo Remedi realizó sus estudios universitarios de grado y posgrado en Estados Unidos con el interés de, al igual que el libro aquí reseñado, propiciar cruces entre las academias regionales y la norteamericana, a propósito de la producción simbólica latinoamericana. En esta dirección caminaba el precedente *Vista desde el Norte. Sinopsis de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos hasta la década de 1980* (CEIL, FHCE, Udelar, 2011), volumen que aventuraba una mirada panorámica a la conformación de la academia norteamericana y al surgimiento, en su interior, de los Estudios Latinoamericanos (en campos de estudio que van de la arqueología y la antropología a la historia, de la ciencia política a los estudios literarios) y, como tal, sirve para pensar e inscribir los «estudios sobre teatro» en un contexto complejo cuyos

intereses específicos, tensiones y resistencias parten del siglo XVII para llegar a los años 80 del siglo XX.

Los siete artículos que componen el nuevo libro, colocados en un eje temporal más acotado (de los años 70 a los 2000) se plantean y cumplen, en diferentes grados, con el propósito trazado en la introducción de «cultivar necesarios e imprescindibles puentes y espacios de diálogo e intercambio en el plano continental, restaurando una trama desgarrada, primero por el contexto represivo de golpes y dictaduras, y luego por la organización del campo del conocimiento y la circulación de teorías sobre la base de modas y reglas de mercado» (pp. 15-16). Reproduciendo las modalidades heterogéneas de institucionalización de este campo de estudios, *Horizontes y trayectorias críticas* revisa recorridos individuales, editoriales y temáticos, sin evitar interrogarse, en tonos disímiles, sobre los sujetos y objetos del discurso. Abre el volumen el propio Remedi con un artículo minucioso, interesado por el entramado de crítica teatral y derechos humanos desarrollado por el académico chileno Hernán Vidal, en la Universidad de Minnesota, durante más de treinta años. Y una mirada igualmente monográfica plantea Ignacio Gutiérrez a partir de la figura de Juan Villegas y su fundación en 1986 de la revista *Gestos*, una de las plataformas de debate más importantes de las últimas décadas y terreno de su esfuerzo de sistematización del teatro y las teatralidades latinoamericanas. Desde allí, Villegas buscó posicionar «el discurso crítico con respecto al teatro, así como la necesidad de problematizar sus propias coordenadas enunciativas: las implicaciones de su posición en tanto intelectual sudamericano pensando y escribiendo desde el campo académico universitario estadounidense sobre las relaciones entre teatro y política en América Latina» (p. 71). Virginia Lucas, por su parte, se centra en el trabajo de Diana Taylor y en el rol del neoyorkino Instituto Hemisférico de Performance y Política (IHPP), interesado en la investigación sobre metodologías de análisis para el estudio de las «prácticas corporales» en las Américas, del que fue directora. Siguiendo a Taylor, Lucas reconstruye parte de los recorridos y discusiones teóricas (sobre acción performática, teatralidad, teatralización de lo social, transculturación, etc.) que dieron base a los hoy conocidos como *Performance Studies* (EP). «La performance latinoamericana: sus estudios, sus representantes y sus presentantes desde Estados Unidos» da título y resume bien el objeto tratado por Lucía Naser. En su artículo, Naser enumera de manera exhaustiva instituciones, investigadores y teóricos, publicaciones, eventos y encuentros sobre EP, configurando un mapa que conscientemente deja





pistas, como ella misma advierte desde el principio, «de las implicaciones políticas, epistemológicas, semióticas y metodológicas de las miradas que desde el norte enfocan a los latinoamericanos en tanto “otros” que performan» (p. 85). Sobre la *Latin American Theater Review* (1984-2003), como espacio de reflexión y sistematización del teatro argentino de la posdictadura, escribe Florencia Dansilio. Su artículo concierne a la labor de Osvaldo Pellettieri, su mayor impulsor y, de las tratadas en el libro, la figura más presente teórica y físicamente en nuestro medio hasta su prematuro fallecimiento en 2011. Alejandro Gortázar hace un paneo de las revistas *Afro-Hispanic Review*, *Callaloo*, *Journal of African Diaspora Arts and Letters* y las citadas *latr* y *Gestos* para instalarse en el «teatro de la diáspora africana en América Latina y Caribe (1990-2010)». A partir de la discusión sobre el concepto de *diáspora africana*, Gortázar menciona dos casos: el brasileño y el uruguayo (curiosamente, la única instancia, en todo el libro, en que la producción simbólica uruguaya integra parte de las discusiones del Norte). Cierra el volumen Hekatherina Delgado con su examen de la categoría de *teatro popular latinoamericano* tal como es definido a partir del texto colectivo *Teatro Popular Latinoamericano. Los primeros cinco siglos* (Universidad de Nuevo México, 1993), coordinado por Judith Weiss. Delgado rastrea la construcción de *lo popular* en dicha colección, a partir de las nociones gramscianas de *hegemonía* e *intelectual orgánico*, y los conceptos de *sincretismo* y *polis*, y no escatima interrogantes sobre su aplicación teórica para el caso latinoamericano.

Dar forma a una crítica sólida de las distintas operaciones de metacrítica contenidas en *Horizontes y trayectorias críticas* es, simplemente, quimérico: por el espacio reducido de la reseña, pero en especial por las dificultades de acceso a la bibliografía manejada en el libro. De hecho, transita por sus páginas una declarada tensión frente a la inaccesibilidad de los materiales (entre otros, Gutiérrez, p. 82; Lucas, p. 125; Gortázar, p. 155) que da cuenta, a la vez, de la necesidad de iniciativas como la que tenemos entre manos y de las dinámicas de inclusión y exclusión todavía en curso y difícilmente salvables. El libro es plataforma de otra falta que nos ataño: salvo para los estudios afrohispanicos y, de manera episódica, en un estudio de caso mencionado por Gutiérrez (pp. 80-81), Uruguay parece no haber formado parte artística o críticamente de estos cruces (cabría preguntarse, entonces, si esto corresponde a los cortes operados por el volumen o si, de hecho, solo se está develando una ausencia).

En este sentido, la polifónica metacrítica de *Horizontes y trayectorias críticas* es legible como

ejercicio performático: es insertarse *a posteriori* en un diálogo del que no se había participado para medir las formulaciones teóricas de quienes estuvieron involucrados y catar, a la distancia, el esfuerzo y las secuelas de construirse, al mismo tiempo, como sujeto y objeto de la mirada. Por esto, y pese al carácter fragmentario del que necesariamente adolece todo impulso panorámico, el libro ofrece una excelente cartografía de lo pensado y discutido en el campo de los estudios teatrales y, no menos importante, insta a perpetuar el necesario ejercicio de meta(auto)crítica. Dos virtudes para nada menores. En síntesis, una lectura imprescindible para los interesados en las discusiones sobre teatralidad de las últimas décadas o en cómo estas se entrelazan con otros campos.

Georgina Torello,

Universidad de la República

Las rupturas del 68 en el cine de América Latina. Mariano Mestman (coord.). Buenos Aires: Akal, 2016. 476 pp.

El libro *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*, coordinado por Mariano Mestman, compila un conjunto de estudios sobre la producción cinematográfica latinoamericana, en el contexto de los procesos de discusión política, artística y de efervescencia social de la década de 1960. De manera audaz y analítica, los autores estudian las modalidades en las que el cine producido en la región fue a la vez expresión, registro y motor de acontecimientos que, de maneras diversas, emergieron hacia fines de los sesenta e hicieron del año 1968 un hito cuyas explicaciones siguen siendo asunto de debate en el presente. La obra en su conjunto rinde tributo a la trayectoria académica de Mestman cuyos intereses por la relación entre la historia del cine, la historia intelectual y la historia de la cultura en el pasado reciente se han visto expresados a lo largo de toda su carrera.

Si bien el cine constituye un producto de la historia contemporánea y una fuente ineludible para su estudio, los puentes de diálogo entre los estudios sobre cine y sobre pasado reciente son ocasionales en el mundo académico latinoamericano. Los estudiosos del cine suelen señalar la falta de rudimentos técnicos de los cientistas sociales para el análisis de las imágenes y los especialistas del pasado reciente critican la ausencia de contexto histórico por parte de quienes dan cuenta de la producción cinematográfica en este período. La noción de «ruptura» que introduce el libro para el contexto de 1968 se aplica en relación al diálogo que cultiva entre las comunidades académicas diversas del cual emerge.





Por otra parte, las nuevas dinámicas del conocimiento científico propician la proliferación y expansión de estudios de carácter específico y monográfico, quedando relegados asuntos de orden general, que fueran motivo de preocupación para la teoría y el conocimiento en décadas pasadas. Recogiendo el legado de la producción científica anterior, este libro «rompe» nuevamente con las dinámicas del presente, planteando desde la introducción hipótesis de trabajo de orden conceptual, cuya comprobación empírica da contenido a los muy diversos artículos que lo integran. Las interrogantes planteadas por Mestman sobre el cine en el contexto de los años sesenta, asociadas a los proyectos nacionalistas y latinoamericanistas de desarrollo y dependencia cultural, de revuelta y cambios estructurales, de la industria y el cine de autor o del arte y la política, se analizan de forma exhaustiva a lo largo de los artículos. Los autores se aproximan desde cada país, o a partir de temas específicos, a los asuntos que signaron los debates de la época. Así, la obra se configura a partir de una línea de pensamiento común, no siendo los artículos una yuxtaposición de trabajos monográficos, sino ensayos de respuesta a las hipótesis generales planteadas en la introducción.

En este sentido, se destaca el espíritu de desapego por parte del conjunto de los autores para analizar la producción cinematográfica en el contexto de un año emblemático como 1968, desmantelando su evocación mítica y volviendo al contexto de rupturas, debates internos de la izquierda y diferencias de contexto dentro y fuera de América Latina en relación a este mismo período de cambios y revueltas.

La obra se estructura en dos partes: la primera analiza los casos de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México y Uruguay, que constituyen países de mucha influencia en materia de producción cinematográfica en el período y muy diversos en relación a sus contextos políticos. La segunda aborda temáticas transversales de la cinematografía del continente, asociadas a las modalidades de circulación de las películas en cuestión, su relación con la irrupción de otros medios audiovisuales, como la televisión, con el desarrollo industrial del cine comercial o los debates en torno a latinoamericanismo y nacionalismo que signaron los campos culturales en la época.

Dichos aspectos de orden general, constituyen los puntos de partida para las investigaciones que se abocan al estudio de cada país donde se expresa, por otra parte, la compleja amalgama de discusiones internas de la izquierda latinoamericana en torno al

cambio social, la revolución, la relación entre cine y política, cine y propaganda, ficción y documental, o cine institucional y cine de autor.

Diversos artículos señalan escenarios de censura o debate interno a raíz de películas, cuya interpelación de la realidad social y política por parte de los autores ponía en conflicto intereses de orden institucional. Lacruz o Pinto analizan los casos de Uruguay y Chile, países en los que el documentalismo de la década del sesenta puso en jaque a las viejas estructuras institucionales que habían propiciado la producción cinematográfica en ámbitos universitarios. En los casos de Bolivia y Cuba, Sanjinés y García Borrero estudian las contradicciones entre los objetivos de institutos de cine creados en el marco de gobiernos revolucionarios y el desarrollo de una cinematografía de autor, poniendo de manifiesto las diatribas del vínculo entre intelectuales y política en un contexto efervescente para la izquierda latinoamericana. En todos los casos, los autores muestran una dinámica de producción cinematográfica que trascendió ampliamente los límites de las instituciones mayormente reconocidas por la historiografía del cine en cada país.

Los estudios de la cinematografía argentina o brasilera, entre otros, abren interrogantes en relación a la noción hegemónica de Nuevo Cine Latinoamericano, fundada en la década de 1960, cuyo género privilegiado fue el documental y que se ha tomado como categoría analítica hasta el presente. Esta noción de época parece mostrar espacios de fisura en los estudios que se presentan a lo largo del libro, donde la alegoría, el nacionalismo o la irrupción de una nueva cultura juvenil, hacen contrapunto y alimentan la conformación de un campo cinematográfico emergente.

Otros aspectos como la influencia que tuvo el cine latinoamericano en las manifestaciones globales de 1968, como contracara de los análisis que lo subordinan desde el punto de vista estético a las corrientes europeas, atraviesan la obra de manera diversa. Asuntos como la profesionalización de la actividad cinematográfica, su relación con la industria, con la política, la conformación de canales alternativos de exhibición, así como el uso de este medio por actores diversos, con fines múltiples o a través de redes de colaboración alternativas, instalan el debate sobre el cine de la década del sesenta en el marco de procesos de transformación cultural y tecnológica de larga duración que se contraponen o nutren con la cinematografía de protesta en los diferentes contextos locales.

En resumen, el repaso de esta obra reaviva en nuestra memoria las históricas imágenes del





cine que han hecho de 1968 un año emblemático para la historia social y política de América Latina. Como contracara, el enriquecido y prolífico archivo audiovisual que presenta —de orden diverso y disperso, fabricado por tecnologías emergentes en la época como la televisión, el cine callejero o a través de estrategias artesanales y amateurs, que diseminó hábitos cambiantes de la cultura juvenil— configura un nuevo relato sobre el mundo registrado y el mundo deseado, cuyos alcances y límites aún nos interpelan en el presente.

Isabel Wschebor Pellegrino
Universidad de la República

Vistas Cruzadas. Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos en los 90 vistos desde el Sur. Un diálogo interdisciplinario. Gustavo Remedi (coord.). Montevideo: Zona Editorial, 2015, 267 pp.

Este libro, producto de una investigación coordinada por Gustavo Remedi, es parte de uno de los tantos proyectos de largo aliento con el que este prolífico investigador da continuidad en este caso, a un libro previo de su autoría del año 2011: *Vista desde el Norte, Sinopsis de los Estudios Latinoamericanos hasta la década del 80*. Este ofrece un minucioso recorrido por los estudios latinoamericanos en Estados Unidos desde distintas disciplinas, atendiendo simultáneamente a los procesos políticos, las corrientes ideológicas y los eventos geopolíticos que configuran ese campo de estudios hasta la década de 1980. *Vistas cruzadas* indaga en los modos en cómo se producen estos estudios sobre América Latina desde el Sur centrándose en la década de los 90. En su primer artículo, Remedi señala que atiende a una cuestión epistemológica de fondo: «la cuestión del lugar desde donde se mira, del posicionamiento, del “lugar de enunciación”» (p. 20) de los estudios en cuestión. Muestra la importancia de las condiciones de producción, los contextos y debates en los que se enmarcan estos estudios desde miradas interdisciplinarias que se ven afectadas y/o dialogan con la producción del Norte.

Para académicos de disciplinas de las humanidades y del área social su recordatorio de que nuestra región ha sido objeto de sucesivas hegemonías (ibérica, francesa, anglosajona y norteamericana) con las que hay que seguir lidiando, tanto como con los enclaves culturalmente transnacionalizados, resulta altamente pertinente. Su recorrido por los debates poscoloniales, los estudios subalternos y su análisis sobre en qué consisten los estudios culturales está

excelentemente documentado. En su segundo artículo, Remedi continúa la tarea comenzada en *Vista desde el Norte* centrándose en dos publicaciones que señala como claves para la comprensión de la teoría y de la crítica literaria latinoamericana en la década mencionada. Atendiendo siempre a las circunstancias políticas, económicas e institucionales, realiza una cartografía e intrincado análisis de los debates en torno a América Latina como «proceso» y como «proyecto», su persistencia, tensiones y desafíos que invita a seguir desarrollando.

Además de los dos artículos de Remedi, el libro consta de seis ensayos de su equipo de investigación. Marisa Ruiz construye una cartografía sobre la situación de los derechos humanos en América Latina en los estudios académicos estadounidenses, centrándose en la revista *Human Rights Quarterly*. Entre otras cuestiones no menos relevantes, Ruiz destaca la contribución de Marjorie Agosin, autora estadounidense-chilena, quien señala, por un lado, que las democracias occidentales han de comprender que el legado de la dictadura ha dejado heridas permanentes y, por otro, muestra su propia sobrevivencia encarnando la cultura del miedo en la década de los 90 para pasar luego al desencanto sobre el estado de cosas. En los escritos analizados, Ruiz muestra la conexión entre derechos humanos y memoria y la identificación de vías para evitar el olvido y la impunidad. Cuando analiza los artículos sobre Uruguay, señala que se centran en la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado y en el intento de anular esta ley por parte de la Comisión Nacional Pro Referendum. Hoy sabemos que el resultado de este segundo y frustrado intento repercutió de modos en los que aún falta indagar. Alejandra Umpiérrez muestra la exclusión del canon de los aportes de la Filosofía Latinoamericana durante el período estudiado con base en «su precariedad» y «su falta de originalidad y universalidad» y, en parte, resulta un claro ejemplo de cómo esta valoración afectó también el campo de estudios de filosofía en nuestro medio. A su vez, esta exclusión nos reenvía al escrito de Ruiz sobre los efectos de la dictadura y el insilio en el campo de la filosofía en el Uruguay de esos tiempos. Mariana Viera no encuentra estudios teóricos sobre feminismos desde el Sur. Alude al diálogo complejo y a veces inexistente entre movimientos feministas y estudios académicos feministas. Por una parte, nota el recelo feminista con respecto a la institucionalización académica basado en la presunta pérdida de contenido político de las demandas activistas, y por otro, la no consideración de elaboraciones feministas como teóricamente





válidas, marcando así otra ausencia o exclusión también que invita a mayores indagaciones.

Magdalena Chouy indaga en los estudios antropológicos de EE. UU. sobre América Latina centrándose en el *Journal of Latin American Anthropology Review*, en los que la prioridad está dada a países centrales como Brasil en desmedro de lo producido desde antropologías periféricas en nuestro continente. Chouy también constata la contundente presencia de estudios sobre las relaciones entre pueblos indígenas y Estados nacionales en torno al tema de los derechos territoriales.

Susana Rostagnol dialoga con los estudios antropológicos estadounidenses en América Latina señalando un pasaje de la antropología «*patchwork*» (en tanto «mozaico de culturas») hacia lo que denomina una «trama antropológica», esto es, un giro de una antropología «de» hacia una antropología «con» que, desde su mirada, implica un cambio epistemológico en la concepción de la producción del conocimiento antropológico. Este pasaje lo realiza acompañada por Dennis Tedlock con su apuesta al diálogo en tanto conversación entre culturas con pueblos originarios, pasando luego al trabajo que June Nash realiza con mineros bolivianos, esta vez en tanto diálogo intercultural con sujetos en pie de igualdad. Por último, con Michael Taussig muestra al antropólogo como narrador de experiencias propias y ajenas que intenta poner en palabras el horror de la violencia en Colombia: «... Todos nosotros “sabíamos” [de las masacres de campesinos] y ellos “sabían” que nosotros “sabíamos” pero no existía una forma fácil en que todo esto pudiera ser articulado» (p. 90). Deborah Duarte se centra en la disputa en torno a la definición del objeto de los estudios culturales en los 90, realizando una elaborada revisión bibliográfica de autores y conceptos desde tres abordajes para su análisis: a) su genealogía, b) como se construyen los lugares de hegemonía y subalternidad que siguen marcando nuestros debates, y c) cuáles son las tareas que corresponden al quehacer académico. Su señalamiento de que estos debates se reactualizan en cada trabajo de investigación resulta un buen cierre para este libro.

Vistas Cruzadas logra mostrar la filtración de ciertos discursos (hegemónicos) producidos en otros imaginarios simbólicos situados, que tanto nos han influido y afectado en las últimas décadas. Invita a comprender por qué y cómo producimos en diferentes disciplinas en Uruguay: literatura, estudios culturales, antropología, género y filosofía latinoamericana, mostrando la disparidad de desarrollos en los que la filosofía latinoamericana y los feminismos

desde el Sur resultan ser las peor situadas. En su conjunto, este libro cumple con el objetivo señalado por Remedi: elaborar un punto de entrada y ofrecer coordenadas de referencia para entender el campo estudiado, aprovechando, por un lado, lo que ya encontramos, y por otro, buscar caminos no transitados para formular nuevas preguntas y problemas desde nuestras propias circunstancias. Por lo antedicho y por su apuesta a la búsqueda de la «decolonización mental», es de esperar que este libro resulte una referencia ineludible no solo por su mapeo sobre el estado de cosas y sus imprescindibles referencias bibliográficas sino por su apuesta a la búsqueda de un discurso crítico local.

Laura Gioscia

Universidad de la República

Rutas argentinas hasta el fin.

Mujeres, política y piquetes, 1996-2001.

Andrea Andújar. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2014, 297 pp.

El libro de la historiadora Andrea Andújar es un análisis de las mujeres piqueteras de las provincias argentinas Neuquén y Salta en la década de 1990. En este sentido, aporta una interesante perspectiva de género al campo de la historia social al describir las relaciones que esas mujeres «tejieron entre ellas y con los varones con los que convivían cotidianamente, y la manera en que juntos dejaron de ser individuos para refundarse en colectivos solidarios buscando torcer el destino de sus comunidades» (p. 12). Esta investigación, que formó parte de su tesis doctoral, recorre historias de esas mujeres que salieron a las rutas a luchar contra el modelo neoliberal que se implementaba en Argentina entonces, y que tuvo su impacto en Salta y Neuquén con la privatización de la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF).

Su hipótesis sobre el rol protagónico de las mujeres en el movimiento piquetero polemiza con otros investigadores del mismo período. En este sentido, plantea que «la interpretación de los movimientos piqueteros, sus prácticas y subjetividades, ha quedado restringida en general a la indagación de las experiencias masculinas» (p. 19).

Andújar organiza el libro en 5 capítulos que van entrelazando sujetos individuales con experiencias de lucha. Cada uno de ellos comienza con la historia de vida de las protagonistas, lo cual deja en claro su decisión de poner a las mujeres en un lugar protagónico y no como meras acompañantes. Así aparecen, entre otras, Marina, una catamarqueña nacida en 1924, y Magdalena, de origen indígena.





Liliana Obregón y las maestras piqueteras, y María Rosa, Nancy y María, las mujeres de la Unión de Trabajadores Desocupados.

En el capítulo 1, Andújar vincula a las piqueteras con las Madres de Plaza de Mayo y las feministas. Para eso (re)descubre con detalle la historia de las madres del pañuelo blanco y las feministas, y las hilvana con las piqueteras construyendo de esta forma una «genealogía de la participación y movilización de las mujeres en el pasado reciente de la Argentina». Según la historiadora, las luchas de estas mujeres en 1996 y 1997 contra el neoliberalismo iniciaron un recorrido que desembocó en la rebelión popular de diciembre del 2001. Como bien aclara la autora, «los cortes de rutas, de puentes, la formación de comisiones vecinales o la toma de sedes gubernamentales muestran los variados recursos y repertorios de protesta que las mujeres pusieron en escena para garantizar la supervivencia de sus comunidades» (p. 59). Por otro lado, nos habla de métodos y organización, y las nuevas prácticas que nacieron al calor de las cubiertas encendidas en el frío patagónico o el agobiante calor del norte salteño.

En el capítulo 2, la historiadora hace una interesante reconstrucción de la década de 1990, usando como fuentes los periódicos de las provincias, informes de organismos estatales y diarios de sesiones del Congreso Nacional. De esta manera, se intenta mostrar la relevancia que tuvo para la población la privatización de YPF en el gobierno de Carlos Menem. Asimismo, con un buen trabajo descriptivo apoyado en entrevistas, relata las historias de vida de esas piqueteras, sus experiencias como madres, como compañeras, como luchadoras.

El capítulo 3 es una excelente descripción del primer corte de rutas en 1996 en la provincia de Neuquén, disparado por el cierre de las negociaciones del gobierno con una empresa de fertilizantes canadiense. Con mucho cuidado, señala las tácticas y estrategias desplegadas por las mujeres a la hora de constituirse en referentes de una lucha con prácticas opuestas a las utilizadas por los partidos tradicionales. En estas páginas, Andújar expone las disputas internas del Movimiento Popular Neuquino (MPN), partido de gobierno en esa provincia, y el intento de dividir, cooptar y acallar la lucha de los piqueteros. Sin embargo, los manifestantes se opusieron a todo tipo de estrategias de cooptación.

Estas prácticas alternativas y novedosas se describen en el capítulo 4, en el que las principales protagonistas fueron las maestras piqueteras. El piquete y las asambleas son los mecanismos por los cuales se deciden las acciones y las demandas que

se realizarán al municipio o al gobierno. Como la autora apunta, «básicamente, las resoluciones se asumían en asambleas en las que voluntariamente intervenían todos sus integrantes» (p. 255).

El capítulo 5 describe a las mujeres de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) en Salta. Se trata de una experiencia horizontal que rechaza las prácticas burocráticas y las posibles traiciones. Así lo muestra la radiografía que hace Andújar sobre la UTD, donde los «líderes» son «referentes» y los responsables son indistintamente mujeres o varones, dependiendo de lo que resuelven los integrantes. Como señala la autora «en general, corregían el uso de tal palabra [líder] reemplazándola justamente por “referente” pues la primera contendría una valoración negativa que remitía a experiencias de participación, organización política y formas de ejercicio del poder que la UTD rechazaba» (p. 255).

La investigación se apoya en una buena cantidad de entrevistas a mujeres y hombres que participaron de los distintos planes de lucha y cortes de ruta. Esas entrevistas nos introducen en su tiempo e interpelan a cada lector acerca del rol de las mujeres en estas luchas. Sus palabras nos dan una muestra de la fuerza y perseverancia de un género que dista mucho de ser pasivo o apolítico. Como reproduce la autora a una de sus entrevistadas: «lo pillamos al comisario y al cabo. Los desvestimos, los dejamos en calzoncillo y los subimos al tanque de combustible» (p. 212).

El libro tiene una redacción atenta con el lector y bien respaldada con el uso de notas al pie, y un adecuado y pertinente diálogo bibliográfico. La argumentación desplegada y las entrevistas utilizadas permiten identificar prácticas colectivas y protagonistas, como así también tener una idea clara del rol de las mujeres en la lucha contra el neoliberalismo. Por estas razones, entiendo que se trata de un libro que les servirá a todos aquellos interesados en temas relacionados con historia social y de género, pero también a aquellos que investiguen sobre organizaciones sociales y prácticas colectivas en tiempos actuales.

Luis Klejzer

Universidad Nacional de General Sarmiento





Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo xx.

Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.). Santiago de Chile: América en Movimiento y Ariadna Ediciones, Colección Izquierdas, 2014, 311 pp.

Una de las carencias en los estudios historiográficos sobre los comunistas latinoamericanos ha sido la escasa atención dedicada a las juventudes comunistas en tanto organizaciones con su propio itinerario y especificidad. Por eso, el conjunto de investigaciones que componen este libro resulta un relevante aporte al estudio de la izquierda en América Latina.

Un trébol de cuatro hojas se divide en dos partes: nueve artículos a través de los cuales se recorre la historia de las JJ. CC. entre 1920 y fines de la década de los 90, y una segunda parte compuesta por cinco testimonios de quienes fueron jóvenes comunistas. Los editores, R. Álvarez y M. Loyola, son historiadores especializados en el Partido Comunista de Chile.

En el primer y segundo capítulo, los autores (M. Loyola y J. Rojas) se proponen dar cuenta del proceso de gestación de esta organización juvenil entre los años 1920 y 1934. Una primera etapa en la que los esfuerzos se dirigieron a crear «escuelas racionalistas» («... sustraer, en cuanto sea posible, a los niños de la influencia de la escuela primaria burguesa», p. 21) y a impulsar «centros juveniles comunistas» en un contexto de incipientes acciones del PC y de respuestas represivas. Una segunda etapa en la que se funda, propiamente, la organización juvenil. Es muy interesante uno de los problemas en el que se detienen los autores: la fecha de fundación y el nombre de la organización. En estos dos asuntos se sintetiza la tensión entre la inserción de cada partido en el movimiento comunista internacional y su necesidad política de nacionalización.

En el tercer capítulo, N. Acevedo Arriaza investiga el rol de la JJ. CC. en el Frente Popular y la importancia que la lucha contra el fascismo tuvo en la consolidación de esta organización. El artículo rastrea las dificultades que en las décadas del 30 y 40 tuvo el Partido Comunista chileno para definir un rol específico de los jóvenes en el proceso revolucionario y, en función de esta problemática, las debilidades de la organización juvenil.

El papel de los jóvenes comunistas chilenos en el movimiento estudiantil desde la década del 60 hasta fines de los 90, tanto en el universitario como en el secundario, se trabaja en tres artículos. I. Ponce

demuestra cómo los comunistas (la principal fuerza juvenil y universitaria hacia los 70) no solo se movieron para tener poder en el ámbito universitario sino que tuvieron una mirada propia sobre la Universidad, lo que los llevó a elaborar un programa reformista basado en «... un triple sentido democratizador: cogobierno, ampliación del acceso, y compromiso de la universidad con el cambio social». (p. 94)

El trabajo de R. Álvarez analiza el papel de los comunistas en el movimiento estudiantil secundario en la década del 80 en el entendido de que los movimientos sociales (que en algunas instancias incorporaron formas de lucha violentas) fueron fundamentales en el proceso de recuperación de la democracia. El exhaustivo análisis de las acciones de los estudiantes y de las posiciones y prácticas de las JJ. CC. busca demostrar la hipótesis de que las JJ. CC. recogieron el acervo político histórico del PC utilizando un discurso (y en algunos casos una praxis) de múltiples orígenes: la tradicional lucha de masas previa a 1973, el nuevo orgullo partidario «revolucionario» (armado), y el nacionalismo de izquierda. En torno a estas variables es posible explicar la hegemonía comunista sobre el movimiento secundario del período en cuestión, en oposición a las miradas que reducen al PC a la ortodoxia política y el aislamiento de las masas.

El texto alumbra sobre las diversas formas de resistencia a la dictadura. Sus conclusiones, por lo tanto, trascienden la historia del movimiento estudiantil aportando desde la historiografía una renovada visión sobre diversas polémicas con relación al proceso de recuperación de la democracia en Chile.

La investigación de L. Thielemann se centra en el movimiento estudiantil en los 90 y el papel específico que jugó en él una nueva generación de jóvenes comunistas. El historiador plantea que «las JJ. CC. fueron la fuerza dirigente y mayoritaria en la refundación democrática y antineoliberal del movimiento estudiantil» (p. 248). Se analiza, en particular, cómo los frenos a la movilización estudiantil y la propia crisis de los comunistas chilenos a fines de los 90 determinaron el fin de aquella hegemonía y el nacimiento de una nueva izquierda.

El trabajo de M. Loyola, que toma como objeto de investigación el *Cancionero* editado por la *Comisión Nacional de Educación de las JJ. CC.*, resulta particularmente fecundo. El historiador elige una fuente no tradicional en la que «... se anidan símbolos, imperativos y sentimientos que articularon un modo de ser comunista en el siglo xx...» (p. 84). A través del análisis del *Cancionero* emerge la década





del 60 en Chile, el perfil internacional y nacional de los comunistas chilenos en esa etapa, las tradiciones y orientaciones políticas que se buscan recoger en las canciones (por ejemplo, la cada vez mayor línea latinoamericanista) y las ausencias que, en sí mismas, develan el perfil ideológico de esta organización (en el cancionero no había tangos, mambos, rock ni tonadas patronales). Resulta muy significativo el análisis que se hace sobre cómo se resolvían en la organización juvenil las tensiones entre el canon oficial y los gustos de los jóvenes comunistas, atraídos también por los ritmos de moda. El autor señala —y esto podría convertirse en objeto de estudio de una futura investigación— la coexistencia de un espacio orgánico con un espacio personal e informal sobre el cual los dirigentes no ejercían, deliberadamente, ningún control con el objetivo de no hacer de las J. C. una estructura cerrada y sectaria.

La lectura del texto de A. Salgado *Una pequeña revolución. Las juventudes comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular* es insoslayable para quienes investigan la década del 60 en América Latina, debido a su enfoque original y removedor. Siguiendo la innovadora línea de trabajo planteada por la historiadora uruguaya V. Markarian, Salgado plantea: «... el énfasis de la literatura en las limitaciones que la izquierda tradicional tuvo al desafiar estructuras patriarcales ha impedido apreciar las transformaciones culturales que sectores significativos de dicha izquierda experimentaron. El concepto de generación es un eje clave [...] Por ello en este artículo [...] ahondo en las tensiones entre los viejos y los jóvenes comunistas. El desafío es doble: por un lado, traer a la luz conflictos generacionales bajo la imagen armoniosa y monolítica de un partido comunista y, por otro, entender las fuentes diversas del cambio cultural en una organización jerárquica que acostumbra a “bajar línea” y decretar giros desde arriba. En la discusión académica más amplia, mi énfasis generacional busca coadyuvar a repensar la relación entre la izquierda latinoamericana y la transformación global de las costumbres en los años sesenta y setenta» (p. 147).

La fuente a través de la cual se analiza esa «revolución partidaria en la esfera cultural» realizada por los jóvenes comunistas es la revista *Ramona*: los artículos, las imágenes, las cartas de los lectores, la respuesta del director, las repercusiones en el ámbito partidario y las tensiones creadas con los comunistas adultos a partir de sus orientaciones sobre la sexualidad y otros temas. El minucioso análisis de la principal revista de las J. C. (se analizan noventa y ocho números) demuestra con total nitidez lo que

afirma A. Salgado: «La revolución de las costumbres no fue la arena exclusiva de grupos vanguardistas de ultraizquierda o de movimientos como el *hipismo*, sino una transformación cultural que marcó a una generación entera, sin respetar las fronteras partidarias» (p. 148). Y agrega: «... los historiadores necesitamos empezar a prestar más atención a las corrientes subterráneas que moldearon a toda una generación» (p. 149).

En la incipiente y creciente historiografía sobre los comunistas latinoamericanos *Un trébol de cuatro hojas* aporta una mirada renovadora, tanto por su objeto de estudio como por la riqueza con que cada uno de los trabajos aborda el desafío de investigar sobre una organización partidaria juvenil en el siglo xx.

Marisa Silva Schultze

La ciudad y los perros. Biografía de una novela. Carlos Aguirre. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú, 2015, 318 pp.

El de Carlos Aguirre es un texto inusual dentro del panorama de los estudios sobre el libro y la edición en América Latina. Si, sobre todo en la última década, este campo ha experimentado en la región un sostenido crecimiento, evidenciado en una significativa serie de obras, proyectos colectivos de investigación y encuentros académicos, los temas y problemas que ha establecido dentro de su horizonte de indagación no han sido por lo general examinados desde el ángulo que esta «biografía de una novela» ofrece. Y es que la exhaustiva y al extremo puntillosa reconstrucción del conjunto de avatares que rodearon la vida de *La ciudad y los perros*, la célebre obra del peruano Mario Vargas Llosa —un ejercicio que en efecto cuenta con escasos antecedentes en la historia intelectual y cultural latinoamericana—, permite visitar desde un prisma singular cuestiones relacionadas a la historia del libro, tales como el lugar clave de los editores en el entramado literario y comercial de los textos, el rol y las modalidades ejercidas por la censura, o el peso de las redes intelectuales en la consagración de un autor.

Pero el interés de la investigación de Aguirre no se reduce a disponer un punto de vista novedoso sobre los aspectos comúnmente frecuentados por la historia del libro. A esa cualidad se añade el hecho de que el caso que el texto acomete es en sí altamente significativo. Publicada por primera vez en España en 1963, cuando Vargas Llosa contaba con apenas 27 años, por su temática y ubicación *La ciudad y los perros*





es portadora de una historia que se inscribe de lleno en los principales nudos políticos, culturales y literarios de ese momento. A menudo sindicada como la novela que dio inicio al *boom* latinoamericano, las denuncias de resonancias sartreanas de los resabios tradicionales y autoritarios de la sociedad peruana que traía consigo punzaron la sensibilidad de decenas de miles de lectores que halló velozmente a su paso, y que encontraron en ella un incisivo vector que sintonizaba con las ansias de modernización cultural que en todo el continente se habían apoderado de amplias franjas sociales. Asimismo, los estrechos vínculos que Vargas Llosa tejó con la Revolución cubana, a la que dio público y sostenido apoyo hasta los años finales de la década —en un movimiento concertado con los principales escritores del *boom*—, así como el hecho de que la novela debiera enfrentarse a la censura explícita ejercida por la España franquista en la que vio la luz, imprimieron al libro un aura eminentemente política, y lo hicieron pieza participante de los conflictos y tensiones de la Guerra Fría cultural en Hispanoamérica.

No es sin embargo una búsqueda por desenrañar los sentidos derivados del argumento de *La ciudad y los perros* el objeto principal del estudio de Aguirre. Su cometido, el que le otorga originalidad, reside en la reconstrucción del conjunto de circunstancias extratextuales que rodearon al libro. A tal fin, el autor persigue obsesivamente cada uno de los detalles involucrados en todas sus etapas de gestación y posterior inscripción en diversos ámbitos culturales y políticos: desde los inicios de Vargas Llosa en la literatura, al proceso de concepción de la obra que lo consagró internacionalmente como escritor, esto es, *La ciudad y los perros*, desde los avatares biográficos que impactaron en su formación y más directamente en los hechos narrados en la novela (empezando por su paso cuando adolescente por el Colegio Militar Leoncio Prado, escenario en el que transcurren los hechos), a las tratativas con diversos editores para publicarla; desde los actores involucrados en los dispositivos de censura que el libro debió sortear, a su circulación una vez publicado y su posterior recepción en el Perú, España y Cuba. Para recomponer todas las piezas vinculadas a esa trama, y para sopesar ajustadamente algunas versiones inexactas y mitos que la circundan, el riguroso y sutil historiador que hay en Carlos Aguirre se sirvió de un amplio trabajo de archivo en repositorios de varios países —empezando por el propio Fondo Vargas Llosa que descansa en la Universidad de Princeton—. La pesquisa resultante adquirió la forma de una atrapante labor detectivesca, cuyos avances, dilemas y conjeturas irresueltas son

compartidos de modo transparente con los lectores en un relato sostenido en elegante prosa.

Ese trabajo de desbrozo se apoya ante todo en un tipo de fuente que Aguirre explota privilegiadamente: la correspondencia. Destinadas por su propia naturaleza a permanecer en la esfera privada, las cartas entre Vargas Llosa y sus editores, amigos literarios y contactos, y entre muchos de ellos entre sí, ofrecen una multitud de pistas fidedignas tanto de los diálogos y las emociones cruzadas que obraron en el proceso creativo que acabó configurando *La ciudad y los perros*, como de las diversas maniobras de negociación que acompañaron su nacimiento y posterior trayectoria como artefacto cultural. De esa madeja de actores que intervinieron en la suerte de la novela, y que el estudio de Aguirre saca a la luz, sobresalen dos grupos. De un lado, el núcleo de jóvenes y notablemente fieles amigos de Vargas Llosa de fines de los años 50 y comienzos de los 60 (entre otros, Sebastián Salazar Bondy, Luis Loayza y Abelardo Oquendo, figuras de relieve de la escena literaria limeña de ese período), que no solo asisten al autor a la distancia cuando se encuentra viviendo primero en Madrid y luego en París, en los momentos de perplejidad que ritman los años de composición de su libro —discutiendo tramos del argumento, los personajes, escenarios y hasta su mismo título—, sino que lo auxilian constantemente y vibran con él ante todas las alternativas que la novela experimenta una vez que se enfrenta al trance de ser publicada. Tan compartidos y conversados en el diálogo epistolar son los avatares que atraviesa *La ciudad y los perros*, que el libro de Aguirre, que los repone extensamente en esa dimensión reticular y grupal, puede leerse también como un capítulo de historia intelectual peruana (y no solo peruana) de esos años, al tiempo que invita a concluir que, al menos en algún grado, el célebre libro de Vargas Llosa, y su invención misma como autor de fama mundial, es resultado de un proceso colectivo que desborda con creces su genio individual. El otro tipo de figura a la que le cabe un rol protagónico en el destino de *La ciudad y los perros* —rol que se trasluce también en la correspondencia— es el conformado por los editores. Pero aquí las imágenes resultantes son dispares. Si Carlos Barral, artífice de la casa Seix Barral en la que aparece la novela, es recuperado como una especie de héroe cultural que descubre el talento literario de Vargas Llosa y, sobreponiéndose a numerosas adversidades, lo conduce tenazmente al triunfo, otros colegas —como el argentino Jorge Álvarez y, muy especialmente, el peruano Manuel Scorza, que logra publicar la primera edición peruana del libro en su exitosa colección





Populibros— ofrecen en cambio un perfil de editor inescrupuloso, cultor de relaciones reiteradamente conducidas a través de triquiñuelas reñidas con la honestidad y la transparencia.

El libro está dividido en una introducción y cinco capítulos dedicados a las distintas estaciones que recorre *La ciudad y los perros*. El primero de ellos repone los inicios de la carrera literaria de Vargas Llosa, incluidas las experiencias que lo inspiraron a escribir su afamada novela, y las circunstancias que lo llevaron a trasladarse en 1958 a Madrid y luego a París —ciudades donde llevará a cabo el «tortuoso proceso de escritura» (p. 41) del libro, que le demandará casi un lustro—. Un acápite ofrece también una razonada reconstrucción del izquierdismo juvenil de Vargas Llosa y de su fervoroso apoyo a la Revolución cubana (que lo impulsa a ser uno de los intelectuales que la defienden en numerosas instancias públicas), historiando luego el proceso de paulatino agrietamiento de la relación hasta la frontal toma de distancia a comienzos de los años 70. El capítulo 2 desanda en cambio las alternativas de búsqueda de una editorial para *La ciudad y los perros* (en las que Salazar Bondy juega un activo rol), hasta el momento de providencial encuentro de Vargas Llosa con Carlos Barral, quien de inmediato queda deslumbrado con la novela. El editor catalán será desde entonces quien se ocupará afanosamente de disponer un camino siempre ascendente para el libro, que incluye el recurso a numerosos contactos autorizados y bien posicionados, y hasta operaciones para que el texto obtenga, antes de ser publicado, el prestigioso premio literario Biblioteca Breve de su casa editorial, una conquista que en su estrategia resultaba un insumo clave para enfrentar los obstáculos de la censura franquista que se avecinaba. El siguiente capítulo acomete minuciosamente ese proceso, reconstruyendo los pormenores de lo que es propiamente una negociación, esto es, los escarceos de dos partes que desde posturas iniciales intransigentes se avienen a ceder. El tinte antimilitarista y, a juicio de los censores, procaz de la novela resultaba difícil de digerir para la política cultural del franquismo aun en tiempos de pretendida apertura, y nuevamente aquí la detallada lectura de la correspondencia que hace Aguirre muestra cómo Vargas Llosa, contra sus convicciones de pureza y de libertad intelectual, y contra la imagen que él mismo ha dado *a posteriori* de esas tratativas, acepta realizar algunas modificaciones del texto en aras de publicarlo. Los dos últimos capítulos están dedicados a estudiar una serie de incidentes que debió enfrentar el libro una vez editado, pero que en conjunto potenciaron su visibilidad y colaboraron en transformarlo en un verdadero suceso político-cultural. Se repasan allí

eventos tales como una amenaza de confiscación de la primera edición en España (una noticia que dispara diligentes acciones de protesta de Barral y los amigos del círculo literario limeño de Vargas Llosa), las argucias propagandísticas de Scorza para incrementar las expectativas del público, y el hecho —continuamente aludido en los relatos sobre la historia de la novela en clave de reacción inquisitorial— de una supuesta quema de un lote de mil ejemplares a cargo de grupos ligados al Colegio Militar Leoncio Prado, episodio que queda desmentido en la exhaustiva investigación documental de Aguirre. También, la fortuna ulterior del libro, objeto tanto de solicitadas de apoyo de intelectuales de renombre en tiempos de Guerra Fría, como de nuevas persecuciones a cargo de los regímenes dictatoriales en América Latina en los años 70, a lo que para entonces hay que añadir el cese absoluto del auspicio que le había brindado entusiastamente en la década anterior la Revolución cubana a través de sus extensas redes culturales.

Para concluir, cabe señalar que las fuentes sobre las que está construida la investigación incluyen una entrevista del autor a Vargas Llosa, y algunos documentos personales del novelista a los que tuvo acceso, que no pertenecen al fondo documental de Princeton. En este punto, un elemento a destacar es la colocación en la que Aguirre se ubica en relación al afamado escritor. En el prólogo, opta por hacer explícita tanto su admiración hacia su obra, como las reservas que le merecen sus posiciones políticas de las últimas décadas. Pero ambas posturas no interfieren luego en los hechos que se narran. Una mesurada distancia preside la escritura de este libro, en el que las propias imágenes que Vargas Llosa ha querido legar de sí mismo son, según los casos, tanto desmentidas como ratificadas. Esa discreta ecuanimidad de Aguirre es un motivo adicional de elogio de un libro que enaltece el oficio de historiador.

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Fotografía e historia en América Latina.

John Mraz y Ana María Mauad (coords.).

Montevideo: Centro de Fotografía

Ediciones, 2016, 262 pp.

El libro reúne artículos de once destacados investigadores con trayectoria en fotografía e historia provenientes de ámbitos académicos latinoamericanos. Todos los aportes revelan la sostenida e importante acumulación de sus autores. Contiene ocho trabajos diferentes por sus temáticas, pero unificados por las preguntas y propuestas de análisis que se desprenden de cada uno de los problemas abordados.





El capítulo que abre el libro se denomina «Ver fotografías históricamente. Una mirada mexicana» de John Mraz, uno de los coordinadores del libro. Mraz se define a sí mismo como un «historiador de lo audiovisual», es autor de numerosos trabajos de investigación, realizador de documentales y curador de muestras de fotografía. Su distinción entre historia *de* la fotografía e historia *con* las fotografías permite explorar las diversas posibilidades heurísticas y sus articulaciones con la historia social y cultural. Esta distinción y sus derivaciones teóricas y metodológicas son examinadas a lo largo del capítulo desde la necesidad de combinar estos enfoques. La fotografía como documento para comprender el pasado puede contribuir a la representación de la cultura material, de la vida cotidiana, condiciones laborales, relaciones de clase, raza y género, espacios de recreación, entre otras dimensiones. De la misma forma, analiza el fotoperiodismo o las fotografías familiares como género de amplio desarrollo y con características específicas. Tradicionalmente, estas imágenes se vincularon con la historia del arte, sin embargo, señala el autor, apenas un ínfimo porcentaje fueron realizadas por personas que se consideraban artistas. Se trata entonces de aprender a entender la fotografía como «un medio antes que como una forma de arte» (p. 41), lo que abre múltiples caminos para la investigación. Cada género —como explica el autor— requiere metodologías específicas para comprender su significado. Como recuerda Mraz, se necesitan buenos andamiajes teóricos para construir la obra «pero una vez terminada esta, retiramos el andamiaje para que la obra pueda apreciarse mejor».

En el capítulo siguiente, Fernando Aguayo se dedica a plantear los problemas de catalogación del acervo documental fotográfico a partir de un caso. El capítulo se denomina «El catálogo mexicano de la firma Gove y North, 1883-1885». La fotografía como objeto complejo requiere un trabajo detallado y sostenido de catalogación que demanda elaboración e investigación. Para que el acervo tenga sentido se necesita conocer las condiciones de producción, circulación y consumo de modo que toda práctica profesional debe incorporar esas dimensiones para que sus documentos adquieran fiabilidad y cumplan su función. El capítulo analiza los modos y procedimientos seguidos para el análisis de las imágenes fotográficas, a partir de los ejemplos que derivan del caso estudiado. El planteo del capítulo cuestiona la concepción del trabajo de catalogación disociado de la investigación porque, como demuestra el autor, esa minuciosa y paciente labor produce construcción de conocimiento.

El tercer capítulo elaborado por Ana María Mauad, Mariana Muaze y Marcos Felipe de Brum Lopes recorre las «Prácticas fotográficas en el Brasil Moderno: siglos XIX y XX». Los autores analizan usos y significados de las imágenes, así como la construcción de una cultura visual brasileña llena de contrastes durante este amplio marco cronológico. El trabajo recorre los principales agentes, circuitos sociales, usos y funciones sociales y políticas que cumplió la fotografía. Analiza los usos de la imagen fotográfica al servicio del imperio, como soporte para las representaciones del Brasil en las exposiciones universales, los álbumes familiares, las revistas y la prensa y en todas las nuevas formas narrativas visuales del siglo XX.

El capítulo de Andrés Garay Albújar se concentra en los estudios fotográficos de la ciudad de Piura, al norte de Perú. En «Desarrollos insólitos de la fotografía en el norte de Perú en la primera mitad del siglo XX», el autor recorre una variedad de experiencias en la práctica fotográfica que exponen técnicas, recursos y empleos variados. Existía un estudio fotográfico muy renombrado como el de Pedro Montero que fue una referencia central para el público, los aficionados y los fotógrafos profesionales junto con soluciones más artesanales como las de Quevedo en Ayabaca. Los otros casos analizados se refieren a las prácticas de aficionados como Sixto Zapata o el chino Ma San Lin. El estudio desarrolla los géneros transitados por los fotógrafos y la técnica empleada que implicó en muchos casos la aplicación de innovaciones para resolver problemas prácticos.

En el capítulo 5, Kevin Coleman concentra intensamente su mirada en una foto de 1928 que retrata a cinco hombres colombianos vestidos de traje. Esa foto, a la que se anotó un número sobre cada persona retratada, se adjuntó a un memorándum de la United Fruit Company donde se informaba de todos los detalles de cada uno de los dirigentes sindicales. El documento hallado muchas décadas más tarde se salvó de la destrucción de la compañía que evitaba dejar rastros de sus acciones. Coleman analiza la fotografía y el memorándum en forma detallada, restituyendo su sentido dentro del contexto colombiano y como presencia que también se convierte en el testimonio de las ausencias resultado del ocultamiento de la información, es decir «Las fotos que no alcanzamos a ver». Una detallada trama histórica se desata a partir de una fotografía cuyo análisis minucioso permite comprender sus usos y manipulaciones y expone el contexto social y económico.





El capítulo de Magdalena Broquetas se centra en la fotografía del diario *El Popular* de Montevideo del Partido Comunista uruguayo, periódico en circulación desde 1957. La sensibilidad de esa publicación hacia los temas sociales y las condiciones de los trabajadores se traducía en la participación de los fotógrafos en la tarea periodística, algo inusual para la época. La fotografía como documento especialmente complejo requiere un cuidadoso examen. En este capítulo, su autora analiza parte de las fotos del archivo del diario que sobrevivieron durante décadas en el lugar donde Aurelio González, el fotógrafo en jefe del diario, las había escondido. La peripecia de los negativos, su recuperación, el valor documental y la narración que los acompañó los transformó en un «monumento» y los situó más en el campo de la memoria que de la historia. Broquetas propone un cuidadoso estudio que se desprende del relato construido a partir del hallazgo. Para ello, concentra su análisis en las fotografías de la huelga general de 1973 como documentos históricos interrogados desde diversos ángulos. Ellos permiten reconocer una sociedad movilizada, recuperar las consignas escritas en las paredes, las condiciones materiales, la actitud de los trabajadores entre tantos aspectos que producen conocimiento social y político de la época. Ofrecen también información acerca de los fotógrafos, el fotoreportaje como género y la especificidad de este diario en particular.

El capítulo denominado «Entre el abrazo y el enfrentamiento» de Alberto del Castillo Troncoso se concentra en dos imágenes icónicas de América Latina: el supuesto «abrazo» entre un militar y una madre de Plaza de Mayo en 1982, y otra de 1998 en la que mujeres indígenas de X'oyeps detienen el avance de los militares en México sin que estos opongan resistencia. Dos contextos y situaciones bien diferentes que permiten problematizar el rol de los documentalistas, la difusión de la fotografía en la prensa y el impacto de fotos que aparecieron en primera plana en varios países del mundo. En ambos casos existe una pugna por la apropiación de su significado, la misma foto fue empleada para legitimar proyectos políticos bien diferentes y hasta contradictorios y ambas recibieron distinciones internacionales.

La batalla simbólica se convierte en el eje del capítulo escrito por Cora Gamarnik, dedicado al análisis de las imágenes publicadas durante la Guerra de las Malvinas y específicamente las del 2 de abril de 1982. El análisis detallado de las condiciones de producción, usos y difusión se analiza desde diferentes costados, lo que permite identificar la complejidad de un momento histórico y el papel que jugaron las imágenes que circularon por todo el mundo. El operativo inicial de los militares argentinos incluía una imagen falsa en la que soldados argentinos sostenían la bandera al estilo de la de Iwo Jima y que fue difundida a los medios. Esta foto había sido producida previamente en los terrenos de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Las imágenes tomadas por el fotoperiodista independiente Rafael Wollann, que se encontraba en las Islas, su circulación en revistas, prensa y servicios de noticias adquirieron un impacto muy grande. Como señaló Gamarnik, los soldados ingleses estuvieron muy pocos minutos en el piso rendidos ante los soldados argentinos, pero las fotos perpetuaron la representación de una «humillación inglesa» que fue en realidad un «solo instante recortado de una larga secuencia que culminará con la derrota argentina» (p. 245). Las fotografías formaron parte activa del proceso político y aunque en modo alguno explican por sí mismas lo ocurrido, tampoco se puede obviar el peso simbólico que adquirieron y sus derivaciones políticas.

El libro en su conjunto mantiene una unidad en los problemas que plantea y en los abordajes históricos. Los autores advierten que los ámbitos académicos institucionales aún son escasos y que falta formación específica dada la magnitud del trabajo que resta por hacer en materia de recuperación, conservación y análisis. El mejor argumento para revertir esta situación y hacer crecer este campo de conocimiento lo constituyen los productos que, como estos artículos, provienen del rigor de los investigadores, la circulación de los resultados y diálogos mediante encuentros, seminarios y jornadas que trazan rumbos y abren perspectivas de largo aliento.

Mónica Maronna

Universidad de la República



